Isidoro de Sevilla, *spiritu prophetiae clarus*

Isidore of Seville, spiritu prophetiae clarus

Juan Luis CARRIAZO RUBIO

Universidad de Huelva

RESUMEN

Este trabajo estudia la figura legendaria de Isidoro de Sevilla como profeta de la España cristiana en la Edad Media. Partiendo de la hagiografía e historiografía hispanas de los siglos IX al XIII, se analiza el proceso de creación del gran ciclo profético elaborado en torno a San Isidoro en el siglo XV, así como sus derivaciones.

PALABRAS CLAVE

Isidoro de Sevilla, profecía, hagiografía, historiografía

ABSTRACT

In the article that follows, we study the legendary figure of Isidore of Seville as prophet of Christian Spain in the Middle Ages. Taking as point of departure Spanish hagiography and historiography from the 9th to the 13th centuries, we analyze the creation process of the great prophetic cycle originated with regard to St. Isidore during the 15th century and its derivations.

KEY WORDS

Isidore of Seville, prophecy, hagiography, historiography

«Preclaro por espíritu de profecía»; ésta es una de las muchas cualidades con que el obispo y cronista Lucas de Tuy adornaba la figura de Isidoro de Sevilla en su *Chronicon mundi*. Aunque don Lucas no fuera consciente de ello, la expresión estaba llamada a alcanzar notable predicamento. Dos siglos después constatamos la existencia de un gran ciclo profético —el único verdaderamente hispánico— en torno a las supuestas predicciones de Isidoro sobre la «pérdida» de España y posterior recuperación[1]. A buen seguro, esta circunstancia habría provocado la sorpresa del Tudense y la hilaridad del arzobispo sevillano, si hubieran podido siquiera intuirla.

[1] «Traditionnellement, il n'existe en Espagne qu'un seul grand cycle prophétique proprement autochtone, lié au schéma historiographique national de la *destruction/restauration*, autrement dit l'invasion musulmane et la reconquête. Il s'agit des prophéties atribuées à saint Isidore de Séville, qui aurait prédit, dans son savoir universel, la chute et la rédemption du royaume des Goths» (MILHOU, Alain: «La chauve-souris, le nouveau David et le roi caché (trois images de l'empereur des derniers temps dans le monde ibérique: XIIIe-XVIIe s.)», en *Mélanges de la Casa de Velázquez* (Madrid), tomo 28/1 (1982), p. 61).

En realidad, el Isidoro histórico se ocupó de la profecía de la misma forma que se interesó por cualquier otra materia o vía de conocimiento. El capítulo que le dedica en sus *Etimologías* constituye básicamente una minuciosa disertación sobre el significado de los nombres de cada uno de los profetas bíblicos[2]. Isidoro nos explica que los profetas «predicen y presagian lo que de cierto va a ocurrir en el futuro», y que en el Antiguo Testamento se les llamaba «videntes» «porque veían lo que los demás eran incapaces de ver y penetraban en las cosas veladas por el misterio»[3].

Nuestro autor distingue siete tipos de profecía: el éxtasis, la visión, el sueño, la nube de Dios, la voz que proviene del cielo, la parábola y el que se da cuando «se está lleno del Espíritu Santo, como les sucede a casi todos los profetas»[4]. Las visiones, a su vez, pueden ser de tres clases: las que se contemplan con los ojos del cuerpo, las que se contemplan con los ojos del espíritu y las que no se captan «ni por los sentidos corporales ni por aquella parte del alma con la que se aprehenden las imágenes de las cosas corporales, sino al través de una intuición mental por la que se contempla la verdad comprendida». Isidoro aclara que «sin este tercer tipo de visión, los dos anteriores resultan estériles o pueden inducir a error». Y aunque los tres tipos de visiones «están administrados por el Espíritu Santo», algún ejemplo bíblico demuestra que «no solamente el varón bueno puede poseer el don de la profecía, sino también el perverso»[5].

En cualquier caso, para Isidoro la profecía es sólo un tema de estudio ligado a la Biblia. Da la impresión de que no pudiera existir fuera del marco del Antiguo Testamento. Así, al finalizar su apretada exposición de la historia del mundo —repartida en las tradicionales seis edades— comenta: «Cuánto tiempo resta de esta sexta edad, sólo Dios lo sabe»[6]. Parece que quisiera negar la posibilidad de que aparezcan en el presente o en el futuro nuevos profetas, al menos por lo que a la escatología cristiana se refiere[7].

La primera vez que encontramos a Isidoro en un contexto profético aparece de manera indirecta, como simple apoyo literario de la argumentación. Me refiero a la que Gómez-Moreno

---

[2] San Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, ed. de José Oroz Reta y Manuel A. Marcos Casquero, tomo I (libros I-X), Madrid, 1982: Biblioteca de Autores Cristianos, 433, libro VII, cap. 8, pp. 665-671. Sobre su vida y obra debe consultarse la «Introducción general» de Manuel C. Díaz y Díaz a esta edición (pp. 1-257).

[3] *Etimologías*, VII 8, 1, ed. cit., p. 665.

[4] *Etimologías*, VII 8, 33-36, ed. cit., p. 671.

[5] *Etimologías*, VII 8, 37-41, ed. cit., p. 671. La vigencia de tales explicaciones queda patente al constatar cómo, muchos siglos después, Cristóbal COLÓN las recogió en su *Libro de las profecías*, ed. de Juan Fernández Valverde, Madrid, 1992, pp. 33-34). En otro momento de la misma obra vuelve a recurrir a Isidoro y a su tratado *Sobre el bien supremo*, en el que afirmaba que «lo que para nosotros todavía habrá de ocurrir ya ha acaecido en la eternidad de Dios» (íd., p. 9; tomado de *Sententiarum sive de Summo Bono libri tres*, I 19, 14, en la ed. de F. Arévalo, vol. VI, Madrid, 1802, pp. 170-171).

[6] *Etimologías*, V 39, 42, ed. cit., p. 565.

[7] Con el consentimiento de Isidoro o sin él, el profetismo apocalíptico fue plenamente asumido por muchos autores tanto antiguos como medievales. Sirvan como introducción los trabajos de Guillermo FATÁS: *El fin del mundo. Apocalipsis y Milenio*, Madrid, 2001; y Adeline RUCQUOI, «Mesianismo y milenarismo en la España medieval», en *Medievalismo* (Madrid), 6 (1996), pp. 9-31, y «Medida y fin de los tiempos. Mesianismo y milenarismo en la Edad Media», *En pos del tercer milenio. Apocalíptica. Mesianismo. Milenarismo e Historia*, Ángel Vaca Lorenzo, ed., Salamanca, 2000, pp. 13-41.

denominó *Crónica profética*, curioso testimonio de la pujanza historiográfica de la corte asturiana de Alfonso III[8]. El texto en cuestión parece obra de un clérigo de origen mozárabe, quizás toledano, buen conocedor de la historia andalusí[9]. Entre los diversos materiales que componen esta «especie de crónica» —en expresión de Gómez-Moreno—, destaca la exposición de una profecía atribuida a Ezequiel, quien habría anunciado a Ismael su entrada en la tierra de Gog y su dominio sobre ella durante ciento setenta «tiempos»; al término de los cuales Gog impondría a Ismael idéntica servidumbre[10].

Evidentemente, Gog se relaciona con los godos, e Ismael con los musulmanes. La profecía había de cumplirse en noviembre de aquel mismo año de 883; fecha en que éstos serían expulsados y Alfonso III reinaría de nuevo sobre una España unificada. La identificación de los godos con Gog aparece ya en varios escritos de San Jerónimo[11], pero el autor de la *Crónica profética* alude a la «*Cronica Gotorum*» de San Isidoro para apoyar su vaticinio[12]. El fragmento isidoriano dice así:

> El pueblo de los godos es antiquísimo. Algunos los creen descendientes de Magog, hijo de Jafet[13], por la semejanza de su última sílaba y, sobre todo, porque lo deducen del profeta Ezequiel; pero los antiguos eruditos acostumbraron a llamarlos más «Getas» que «Gog» o «Magog»[14].

---

8 GÓMEZ-MORENO, Manuel: «Las primeras crónicas de la Reconquista: el ciclo de Alfonso III», en *Boletín de la Real Academia de la Historia* (Madrid), 100 (1932), pp. 562-628. Véanse también al respecto los comentarios de Eloy BENITO RUANO: «La historiografía en la Alta Edad Media española. Ideología y estructura», en *Cuadernos de Historia de España* (Buenos Aires), 17 (1952), p. 62; Manuel C. DÍAZ Y DÍAZ: «La historiografía hispana desde la invasión árabe hasta el año 1000», en *De Isidoro al siglo XI. Ocho estudios sobre la vida literaria peninsular*, Barcelona, 1976, pp. 226-227; Juan GIL: «Judíos y cristianos en Hispania (s. VIII y IX)», en *Hispania Sacra* (Madrid), vol. 31, n.º 61-64 (1978-1979), pp. 56-69; Juan Ignacio RUIZ DE LA PEÑA, «La cultura en la corte ovetense del siglo IX», estudio preliminar a la edición de las *Crónicas asturianas* de Juan Gil y José L. Moralejo, Oviedo, 1985, pp. 36-37; y Claudio SÁNCHEZ ALBORNOZ: *En torno a los orígenes del feudalismo*, tomo II: *Los árabes y el régimen prefeudal carolingio. Fuentes de la historia hispano-musulmana del siglo VIII*, Mendoza, 1942, pp. 103-108.

9 El propio Gómez-Moreno planteó su identificación con el presbítero Dulcidio, muy próximo a Alfonso III y que visitó Córdoba en el año 883 al frente de una embajada del monarca.

10 La profecía de Gog aparece en Ez 38-39, aunque nada tiene que ver con el sentido que le atribuye el profeta de la corte de Alfonso III y nada se dice de los famosos ciento setenta «tiempos». Allí Gog es el enemigo de Israel —no Ismael— que piensa invadir «*un país abierto*» de «*gente pacífica que habita confiada en ciudades sin murallas, sin cerrojos y sin puertas*» (*Nueva Biblia española*, traducción de Luis Alonso Schökel y Juan Mateos, Madrid, 1975, pp. 1022-1023). Tal vez estas similitudes excitaran la imaginación de algún lector hispano del siglo IX, pero GÓMEZ-MORENO exclama asombrado: «¡Tan mal de códices bíblicos se andaba entonces, que podían correr como fidedignos tales amaños!» («Las primeras crónicas...», p. 575).

11 GIL, Juan: «Introducción» a las *Crónicas asturianas*, ed. cit., p. 104.

12 GÓMEZ-MORENO, Manuel: «Las primeras crónicas...», p. 622. *Crónicas asturianas*, ed. cit., p. 261.

13 La descendencia de Jafet, el hijo de Noé, en Gn 10, 2 y 1Cr 1, 5.

14 RODRÍGUEZ ALONSO, Cristóbal: *Las historias de los godos, vándalos y suevos de Isidoro de Sevilla. Estudio, edición crítica y traducción*, León, 1975, p. 173. Prácticamente el mismo pasaje aparece en las *Etimologías*, aunque aquí no se hace alusión al profeta Ezequiel (*Etim.*, IX 2, 89, ed. cit., p. 757). Resulta curioso comprobar que el propio Isidoro consideraba el libro de Ezequiel «sumamente oscuro en su comienzo y en su final», precisamente donde se ubica la profecía de Gog (*Etim.*, VI 2, 25, ed. cit., p. 573). En otro momento Isidoro vuelve a insistir en que «se cree» que los escitas y los godos provienen de Magog (*Etim.*, IX 2, 27, ed. cit., p. 745).

Sin embargo, el autor de la *Profética* modifica sutilmente el párrafo. En primer lugar, suprime la aclaración última de Isidoro, que restaría fuerza a su argumento. Pero además, mientras Isidoro atribuye la filiación de los godos a «algunos» autores que «lo deducen» de Ezequiel, el mozárabe toledano se permite la licencia de asegurar que.

> lo de que el pueblo de los godos viene de Magog lo afirma la misma Crónica de los Godos, cuando dice: «Que es antiquísimo el pueblo de los godos, cuyo origen proviene de Magog, hijo de Jafet, por lo que también se denomina por semejanza de su última sílaba, es decir Gog y «más», coligiendo eso de Ezequiel el profeta[15].

Tal vez, quien redactó estas líneas fue el primer autor que vislumbró, siquiera inconscientemente, la fuerza de Isidoro como aval de profecías[16]. También supo sacar partido de las connotaciones apocalípticas de los pueblos míticos de Gog y Magog, presentes tanto en la Biblia[17] como en el Corán[18]. De hecho, los vínculos de la *Crónica profética* con las predicciones que proliferaban en al-Ándalus no han pasado desapercibidos a sus principales estudiosos[19].

De cualquier forma, todavía es pronto para el Isidoro profeta. Durante varios siglos tan sólo existieron unos pocos y muy breves escritos de carácter biográfico sobre el prelado hispalense: los de Braulio de Zaragoza, Ildefonso de Toledo y el controvertido Redempto: demasiado parcos para alimentar la imaginación de sus lectores[20]. La verdadera eclosión hagiográfica de

---

[15] *Crónicas asturianas*, ed. cit., p. 261.

[16] En este sentido, se ha dicho que la *Profética* aprovecha «le moule providentiel façonné par Isidore de Séville», (MARTIN, Georges: «Un récit (la chutte du royaume wisigothique d'Espagne dans l'historiographie chrétienne des VIIIe et IXe siécles)», en *Histoires de l'Espagne médiévale (historiographie, geste, romancero)*, Paris, 1997, p. 34).

[17] Describiendo el fin del mundo, el Apocalipsis anuncia que «pasados los mil años soltarán a Satanás de la prisión. Saldrá él para engañar a las naciones de los cuatro lados de la tierra, a Gog y Magog, y reclutarlos para la guerra, incontables como las arenas del mar» (Ap 20, 7-8, trad. cit., p. 1925).

[18] *Corán*, 18_{94} y 21_{96}. Como señala Julio Cortés en su edición, es el Alejandro Magno legendario quien levanta la muralla que servirá para mantener alejados a estos pueblos (Barcelona, 1992, pp. 359-360). Distintas tradiciones andalusíes atribuían al mismo personaje (Ḏū l-Qarnayn) la construcción de un puente entre las dos orillas del Estrecho de Gibraltar. Esta leyenda se ha puesto en relación con el recuerdo de las columnas de Hércules greco-romanas y con el muro de Gog y Magog. No en vano, éste al oriente y el puente al occidente señalaban los dos extremos del mundo conocido. Además, alguna fuente atribuye al puente del Estrecho un sentido escatológico pues, habiendo desaparecido dos siglos antes de la conquista musulmana, reaparecerá al final de los tiempos (HERNÁNDEZ JUBERÍAS, Julia: *La Península imaginaria. Mitos y leyendas sobre al-Andalus*, Madrid, 1996, pp. 108-119). En el siglo XIV Ibn Baṭṭūṭa identificará el muro de Gog y Magog con la gran muralla china (IBN BAṬṬŪṬA: *A través del Islam*, ed. de Serafín Fanjul y Federico Arbós, Madrid, 1993, p. 727).

[19] GÓMEZ-MORENO, Manuel: «Las primeras crónicas...», p. 580; y GIL, Juan: «Judíos y cristianos...», pp. 69-77. Sobre el ambiente profético en la Córdoba coetánea véanse los comentarios de Jorge Aguadé en su edición de ʿABD AL-MALIK B.ḤABĪB: *Kitāb al-Taʾrīj (La Historia)*, Madrid, 1991, pp. 88-100. Unos y otros han puesto en relación el vigor de estas profecías con la rebelión de ʿUmar b.Ḥafṣūn, analizada recientemente por Manuel ACIÉN ALMANSA: *Entre el Feudalismo y el Islam. ʿUmar b.Ḥafṣūn en los historiadores, en las fuentes y en la historia*, Jaén, 1997. Aunque este autor decide no abordar las implicaciones mesiánicas en su estudio, sí lo hace Maribel FIERRO en su artículo «Cuatro preguntas en torno a IbnḤafṣūn», en *Al-Qanṭara* (Madrid), 16 (1995), pp. 250-255.

[20] VEGA, Ángel C.: «Cuestiones críticas de las biografías isidorianas», *Isidoriana. Colección de estudios sobre Isidoro de Sevilla publicados con ocasión del XIV centenario de su nacimiento*, Manuel C. Díaz y Díaz, ed., León, 1961, pp. 75-98.

Isidoro se va a producir a raíz del traslado de sus restos desde Sevilla a León en diciembre de 1063[21]. Así lo demuestran los distintos textos que conservan la memoria de aquel evento: la *Translatio Isidori* o *Actas de la Traslación* (relación escrita en el siglo XI), la *Historia Silense* (siglo XII) y la *Historia Translationis Sancti Isidori* (finales del siglo XII o principios del siglo XIII)[22].

Sin duda, a partir de la traslación de 1063 «comienza la leyenda, la divinización, el mito, en el que la piedad y la imaginación y el ansia de grandeza y supernaturalización ocupan el lugar de la historia y la verdad»[23]. Fruto de este cambio en la percepción del personaje es la *Vita Isidori*, redactada en el siglo XII por un eclesiástico leonés[24]. A diferencia de las antiguas biografías, en la *Vita* tienen cabida todo tipo de argumentos milagrosos y extraordinarios:

> La imaginación y la desfachatez del autor no tenían límites; así, interpretando a su gusto los antiguos sincronismos, que correctamente hacían a Isidoro coetáneo de Mahoma, se sacó de la manga una curiosa historia que enfrentaba a los dos grandes personajes en Hispania, sin que haga falta decir el desenlace: el pseudo-profeta, con las orejas gachas, pone pies en polvorosa a la llegada del santo. Dios inspira a sus elegidos, y el arzobispo no puede dejar de ser uno de ellos. Con impecable lógica, pues, se nos dice que el sabio anunció el día de su muerte y que vaticinó la destrucción de Hispania y su gloria futura, que habría de ser mayor que nunca, cuando sus habitantes volviesen al buen camino[25].

La *Vita* insiste reiteradamente en una idea: el «espíritu de profecía» de Isidoro. Así, leemos que en el Concilio de Toledo, «*prophetiae spiritu, quo clarissimus refulgebat, obitus sui diem longe ante discipulis praesignavit*»; y la alabanza final comienza con un rotundo «*fuit praeterea spiritu prophetiae clarus*»[26]. Posteriormente, el vaticinio sobre la conquista musulmana se transmitió a otro texto emanado del cenobio leonés: la *Historia Translationis Sancti Isidori* a que ya nos

---

[21] ASTORGA REDONDO, María Jesús: *El arca de San Isidoro: historia de un relicario*, León, 1990; SÁNCHEZ CANDEIRA, Alfonso: *Castilla y León en el siglo XI. Estudio del reinado de Fernando I*, ed. de Rosa Montero Tejada, Madrid, 1999, pp. 216-221; y VIÑAYO GONZÁLEZ, Antonio: «Cuestiones histórico-críticas en torno a la traslación del cuerpo de San Isidoro», en *Isidoriana*..., pp. 285-298. Una revisión historiográfica sobre la situación de la Iglesia castellano-leonesa en la época, en el artículo de Iluminado SANZ SANCHO, «Notas sobre la política religiosa en tiempos del rey Fernando I de León y Castilla», en *Pensamiento medieval hispano. Homenaje a Horacio Santiago-Otero*, José María Soto Rábanos, coord., tomo I, Madrid, 1998, pp. 65-97.

[22] DE GAIFFIER, Baudouin: «Le culte de saint Isidore de Séville. Esquisse d'un travail», en *Isidoriana*..., pp. 272-273.

[23] Ángel C. VEGA, «Cuestiones críticas...», p. 97. Consúltese también el libro de Javier PÉREZ-EMBID WAMBA, *Hagiología y sociedad en la España Medieval. Castilla y León (siglos XI-XIII)*, Huelva 2002, especialmente, los capítulos I y III.

[24] Juan GIL advierte que su latín culterano «recuerda al estilo hinchado de Diego García» («La historiografía», en *La cultura del Románico. Siglos XI al XIII. Letras, religiosidad, artes, ciencia y vida*, Madrid, 1995: *Historia de España Menéndez Pidal*, tomo 11, p. 58). La *Vita* fue publicada por los bolandistas y por Faustino Arévalo (*S. Isidori Hispalensis episcopi opera omnia. Isidoriana*, II, Roma, 1797, pp. 452-487), cuya edición incluyó Migne en su *Patrologiae cursus completus. Series secunda* (en adelante, *PL*), tomo 82, Paris, 1850, col. 19-56. Sobre el texto en cuestión debe consultarse el trabajo de M. ALIJA RAMOS, «Un poco de crítica sobre las antiguas biografías isidorianas», *Revista eclesiástica* (Madrid), 10 (1936), pp. 587-601.

[25] GIL, Juan: «La historiografía», p. 58.

[26] *PL* 82, col. 43-44 y 55, respectivamente.

hemos referido[27]. Haciendo suyos los argumentos de la *Vita*, la *Historia* nos dice que Isidoro, «*ore prophetico*», expuso el siguiente anuncio a sus contemporáneos:

> *Cum in his traditionibus permanseritis puro corde, in presenti uita pace fruemini et bonis et in eterna gloria coronabimini laude perpetua. Cum autem hec precepta derelinquieritis, apprehendent uos mira mala et cadet gens Gotorum fame et gladio inimicorum et peste. Cum autem conuersi ad Dominum fueritis perquirentes ea, possidebit semen uestrum portas inimicorum suorum et erit uobis gloria maior quam fuerit umquam*[28].

Es significativo, además, que el autor date el «*iusto iudicio*» de 711 —«*quod sanctus predixerat doctor Ysidorus*»— en el año septuagésimo quinto «*post transitum sanctissimi doctoris Ysidori*», como si se hubiera cumplido el tiempo de la profecía[29]. Aparecen también en la *Historia Translationis* dos relatos que gozarán de mucha difusión: la aparición de Isidoro a Fernando I para anunciarle su muerte[30], y la visión isidoriana de Alfonso VII en Baeza. El santo se aparece al emperador «*per somno*», como «*uir ueneranda canice comptus, episcopali infula decoratus, cuius facies rutilabat ut sol clarissimus*»; le anuncia que sus enemigos «*prima luce sicut fumus euanescent a facie tua*», y se identifica como «*Hispaniarum doctor Ysidorus, beati Iacobi apostoli predicatione successor*», certificando él mismo el evidente contagio del culto jacobeo[31].

Como no podía ser de otra forma, ante la carencia de biografías extensas sobre el revalorizado Isidoro, la *Vita* y la *Historia Translationis* ejercieron una notable influencia en otros autores, desde San Martín de Léon (†1203) hasta el Arcipreste de Talavera (siglo XV), pasando por Rodrigo de Cerrato (†1276) y, sobre todo, el obispo y cronista don Lucas de Tuy[32]. Desde León y en el siglo XIII, el Tudense va a convertirse en el gran difusor de la nueva imagen isidoriana construida durante la centuria anterior[33]. De hecho, Isidoro ocupa un lugar central en el *Chronicon mundi* de don Lucas, tanto por su carácter de fuente y modelo histo-

---

[27] «*Historia Translationis Sancti Isidori*», ed. de Juan Antonio Estévez Sola, en *Chronica Hispana Saeculi XIII*, Turnhout, 1997: *Corpus Christianorum. Continuatio Mediaeualis*, vol. 73, pp. 119-179. Sobre la relación de este texto con los relatos precedentes de la traslación isidoriana y con Lucas de Tuy, véase la introducción del editor, especialmente pp. 129-137.

[28] Ídem, I.1, p. 144. El fragmento idéntico de la *Vita*, en *PL* 82, col. 45.

[29] *Historia Translationis*..., I.1, pp. 145-146.

[30] «*Omnibus tamen Celtiberie prouincie ciuitatibus et castellis in deditione acceptis, almus doctor Ysidorus ei apparuit et diem sui exitus imminere innotuit*» (ídem, IV, 2, p. 163).

[31] Ídem, V. 4, pp. 169-170.

[32] Cfr. FALQUE REY, Emma: «La *Translatio s. Isidori* en el *Chronicon mundi* de Lucas de Tuy», en *Studia Gratiana* (Roma), 28 (1998), pp. 213-219.

[33] Sobre don Lucas de Tuy y su obra véanse los comentarios de Juan GIL: «La historiografía», pp. 88-95, y Peter LINEHAN: *History and the Historians of Medieval Spain*, Oxford, 1993. En tono más divulgativo, también resulta de utilidad el artículo de Ermelindo PORTELA: «El *Chronicon Mundi* de Lucas de Tuy», en *Historia 16* (Madrid), 203 (1993), pp. 108-119. Según Benito SÁNCHEZ ALONSO, «muy penetrado del espíritu del Hispalense, tiene don Lucas el mismo optimismo, el mismo orgullo patrio, igual confianza en el pueblo hispánico: no lo concibe vencido sino cuando se desune» (*Historia de la historiografía española*, tomo I, Madrid, 1947 (2.ª ed.), p. 126).

riográfico como por constituir en sí mismo un personaje esencial en la crónica[34]. Por si fuera poco, se atribuye al Tudense el *Liber de miraculis Sancti Isidori*, al que me referiré más adelante.

Ya en el prólogo del *Chronicon mundi* demuestra don Lucas su admiración hacia Isidoro, a quien considera uno de los principales filósofos de todos los tiempos, pero «más claro y glorioso que ninguno, al qual ninguno de los mortales en la variedad de las sciençias se puede con derecho juyzio yguala r»[35]. De hecho, el libro segundo del *Chronicon* —que narra la historia de alanos, vándalos, suevos y godos— sigue muy de cerca el texto de Isidoro. Sí llama la atención que, al tratar sobre el reinado de Sisebuto, incluya la noticia de la venida a Hispania y posterior expulsión de Mahoma, aunque no vincule el hecho al prelado sevillano: «En este tiempo Mahomad, echado torpemente de España, predicó en África la maldad de la ley excomulgada a los pueblos locos»[36]. Evidentemente, la *Historia Gothorum* isidoriana nada dice ni puede decir de Mahoma.

A poco de comenzar el libro tercero de su crónica, don Lucas dedica varios capítulos a la figura de Isidoro. En el precioso retrato del santo leemos, entre otras muchas virtudes, que «ciertamente fue claro por spíritu de propheçía»[37]. Al término del panegírico, el autor explica cómo «llamó en Toledo a sínodo los obispos e príncipes de la tierra, y con boca prophética les denunció primero el día de su muerte e les dixo las cosas que vernían en España»[38]. A continuación, el cronista recoge los versos atribuidos a Isidoro en los que se contiene la profecía, sospechosamente precedidos de una adecuada presentación[39]:

> La estrella de honestad, luz de costumbres, sol de bondad, aquel sagrado Ysydoro, por el qual la sancta fee floresció, dixo, en el quinto synodo de Toledo:
>
> Si guardardes las cosas que nos manda guardar Christo, darnos ha trigo e azeyte e qualesquier cosas buenas, si con pura voluntad lo cumpliéredes. E si estas cosas menospreçiardes, no pasaréys syn pena, como Dios pene derechamente los malos fechos, onde caerán los godos en batallas y el enemigo bárbaro vos apremiará con muertes sin cuento, e con temor e con fambre. Pues agora, vos conuertid y llorad vuestros peccados, y lue-

---

[34] Considerando el desarrollo del presente trabajo, estimo oportuno citar el texto del Tudense a partir de la traducción al castellano realizada a mediados del siglo XV y editada por Julio Puyol: *Crónica de España por Lucas, obispo de Tuy*, Madrid, 1926. Con todo, incluiré cada vez que sea de interés la referencia correspondiente a la edición latina preparada por Juan de Mariana y publicada por el jesuita A. Schott en su *Hispaniae illustratae seu rerum urbiumque Hispaniae, Lusitaniae, Aethiopiae et Indiae scriptores uarii* (Franckfurt, 1608, tomo IV, pp. 1-116; en adelante, *HI*). Debemos felicitarnos porque sea ya inminente la edición de Emma Falque dentro del *Corpus Christianorum, Continuatio Mediaevalis*, vol. 74 (en prensa). Como anticipo, véase su artículo sobre «Los manuscritos del *Chronicon Mundi* de Lucas de Tuy de la Real Colegiata de San Isidoro de León», *Actas del II Congreso Hispánico de Latín Medieval*, Maurilio Pérez González, coord., León, 1998, vol. I, pp. 437-440.

[35] LUCAS DE TUY: *Crónica de España*, p. 7.

[36] Ídem, libro II, cap. XXXI, p. 195. «*Ipso tempore Mahomet ab Hispania turpiter fugatus*» (*HI*, p. 51).

[37] Ídem, libro III, cap. II, p. 199. «*Extitit quippe spiritu prophetiae clarus*» (*HI*, p. 52).

[38] Ídem, libro III, cap. II, p. 200. «*Ore prophetico eis sui obitus diem et Hispaniis ventura praedixit*» (*HI*, p. 52).

[39] Sobre la atribución de otras composiciones poéticas a Isidoro, véanse los comentarios de Ángel C. VEGA, «Cuestiones críticas...», pp. 85-86.

go el Señor será vuestro ayudador, y auréys mayor gloria, y la gracia de Christo ensalçará los godos con bien más abastado[40].

Dado el interés que presenta el fragmento, conviene reproducir también la redacción original en latín y en verso:

Sidus honestatis, lux morum, sol probitatis.
Hec ait in sinodo Toleti uir sacer ille.
Isidorus, per quem floruit alma fides:
Si seruaueritis, que uobis precipiuntur,
Seruabit Christus uos in amore suo.
Frumentum dabit ac oleum, dabit obtima queque,
Si pura mente complaceatis ei.
Si neglexeritis ea, non inpune feretis,
Cum recte praua puniat acta Deus.
Inde cadent Goti bellis, et barbarus hostis.
Vos premet innumera clade, timore, fame.
Tunc conuertimini, tunc crimina plangite uestra,
Et statim Dominus auxiliator erit.
Gloria maior erit uobis et gratia Christi.
Extollet Gotos uberiore bono[41].

En estos capítulos de contenido exclusivamente isidoriano desarrolla el Tudense la anécdota de la venida de Mahoma a la Península, tomada de la *Vita Isidori*[42]. Pero vuelve a sorprendernos que el cronista no haga referencia al espíritu profético de Isidoro al narrar la conquista de Hispania en el año 711[43]. En cualquier caso, el mayor número de noticias extraordinarias sobre Isidoro aparece en el libro IV de la crónica. Se resume aquí la historia de la traslación

[40] LUCAS DE TUY: *Crónica de España*, libro III, cap. III, pp. 200-201.

[41] Agradezco a la profesora Emma Falque Rey que me haya permitido consultar y reproducir aquí el texto de su edición del *Chronicon mundi*, p. 99 (en prensa). Los versos se encuentran también en *PL* 81, col. 65; y en *HI*, pp. 52-53. Y antes que por Schott, fueron publicados en un curioso impreso, dedicado a Felipe III por Constantino Caietano, que lleva por título *Sanctorum trium episcoporum religionis benedectinae luminum Isidori Hispalensis, Ildefonsi Toletani, Gregorii Cardenalis Ostiensis, vitae et actiones* (Roma, 1606, pp. 15-16). Pocos años antes, otro impreso italiano nos presenta a un Isidoro profeta muy inspirado en el Tudense: «*spiritus prophetiae clarus*» y anunciando «*ore prophetico*» el día de su muerte y el porvenir de España (Caesare BARONIO, *Annales ecclesiastici*, tomo VIII, Venecia, 1602, año 636, p. 253).

[42] LUCAS DE TUY: *Crónica de España*, libro III, cap. V, p. 203. Edita y traduce el fragmento correspondiente Emma FALQUE REY: «La vida de Mahoma en las fuentes cristianas medievales: LUCAS DE TUY», *Philologia Hispalensis* (Sevilla), XIV/2 (2002), volumen homenaje a la profesora M.ª Eugenia Gálvez Vázquez. Como afirma J. LÓPEZ ORTIZ, «Los historiadores medievales no podían comprender cómo aquellos dos contemporáneos, San Isidoro y Mahoma, tan representativos, tan opuestos, vivieron sin conocerse, sin combatirse, sin que San Isidoro iniciara la victoria final, que deseaban y presentían, de la Cristiandad sobre el Islam. Y lo que no encontraron en las viejas fuentes lo suplieron como pudieron» («San Isidoro de Sevilla y el Islam (Comentarios a cuatro pasajes de don LUCAS DE TUY y del Silense)», en *Cruz y Raya* (Madrid), marzo de 1936, p. 13).

[43] LUCAS DE TUY: *Crónica de España*, libro III, caps. LXV-LXVII, pp. 267-271; *HI*, pp. 69-71.

del cuerpo del santo desde Sevilla a León, con evidente influencia de la *Historia translationis* refundida[44].

Don Lucas tiene particular cuidado en dejar constancia de la devoción isidoriana de Fernando I, «porque él auía hedificado nueuamente en León yglesia en honrra del sancto obispo Ysidoro, y fiziérala afermosar con oro y plata de mucha fermosura y piedras preciosas y cortinas de sirgo»; además de lo cual, participaba en los rezos e incluso «pulidamente conplía las vezes de cantor»[45]. Como consecuencia de este vínculo entre el santo y el rey, «tomadas todas las çibdades y los castillos de Çeltiberia, paresçióle el sancto doctor Ysidoro y notificóle venir el día de su muerte»[46]. No es un vaticinio agradable, pero sí útil, pues Fernando pudo volver a León y al monasterio de San Isidoro para esperar el final «según auía acostunbrado, adorando los cuerpos de los sanctos, las rodillas en el suelo»[47].

Como vemos, la muerte del santo prelado no supuso una interrupción de su actividad profética, aunque los nuevos mensajes hayan de ser revelados, necesariamente, a través de apariciones, sueños o prodigios. Aquellas mismas piedras sobre las que rezaba Fernando I serán testigos, algunos capítulos después, de otro acontecimiento que don Lucas interpreta como una predicción. Convaleciente Alfonso VI de una larga enfermedad,

> al octauo día antes que moriesse, fizo Dios en la çibdad de León en la yglesia de Sant Ysidro vna gran señal, en el nasçimiento de Sant Juan Baptista, a la hora sexta: que las piedras que están delante el altar de Sant Ysidro, adonde tiene el saçerdote los pies quando se dize la missa, no por las junturas de las piedras [mas] por la meytad de ellas començó a manar agua, veyéndolo los çibdadanos grandes y pequeños a buelta con los obispos Pedro de León y Pelayo de Obiedo[48].

Según el Tudense, esta señal se interpretó como «los lloros que después vinieron a toda la Yglesia y a España» tras la muerte del rey, en alusión a los desmanes cometidos en el monasterio y en el reino leonés por las tropas de Alfonso el Batallador[49]. El Isidoro profeta reaparece de la mano de don Lucas para anunciar a Alfonso VII la victoria sobre los musulmanes de

---

44 Ídem, cap. LV, pp. 355-356; *HI*, p. 95.

45 Ídem, libro IV, cap. LVII, p. 358; *HI*, p. 96.

46 Ídem, cap. LIX, pp. 360-361. «*Almus doctor Isidorus ei apparuit et diem sui exitus imminere innotuit*» (*HI*, p. 97).

47 Ídem, cap. LIX, p. 361; *HI*, p. 97.

48 Ídem, libro IV, cap. LXXI, p. 381; *HI*, p. 102. El texto procede del segundo de los obispos citados: don Pelayo de Oviedo, uno de los cronistas más denostados de nuestra Edad Media. Aunque el *Cantar de mio Cid* presente en varias ocasiones a Alfonso VI jurando por «*Sant Esidro*» (versos 1342, 1867, 3140 y 3509), la supuesta devoción del rey es discutible. Véanse los comentarios de Alberto Montaner en su edición del *Cantar* (Barcelona, 1993, pp. 532-533, nota al v. 1342) y los de Luis LÓPEZ SANTOS en su documentado artículo sobre «Isidoro en la literatura medioeval castellana», *Isidoriana*..., pp. 405-407.

49 LUCAS DE TUY: *Crónica de España*, libro IV, cap. LXXI, p. 382. «*Tamen hoc signum tribulationes et luctus ostendisse videtur, quae post mortem praedicti regis illi Ecclesiae atque Hispaniae euenerunt. Et ideo quidam sapientes autumant, quod lapides lachrymas quasi plorantes produxerunt*» (*HI*, p. 102).

Baeza[50]. Más adelante, el cronista nos explica la defección del noble Fernán Ruiz «el Castellano», que en tiempos de Fernando II «se pasó a los agarenos» e intentó tomar Ciudad Rodrigo; lo cual pudo impedirse gracias a un nuevo anuncio de Isidoro[51]. Algo parecido ocurre con Alfonso IX y la conquista de Mérida, pues.

> tanbién el bienauenturado Ysidoro confessor aparesçió en Çamora a algunos ante que Mérida fuesse tomada nin fuesse fecha la batalla, y díxoles que se aquexaría con hueste de sanctos a la batalla del rey Alfonso y en su ayuda, e que le daría la dicha çibdad y le daría vençimiento campal de los moros[52].

A la vista de tales muestras, no extraña en absoluto que el Tudense interprete la toma de Córdoba como respuesta a la devota oración de un Fernando III que, «ante el cuerpo de Santo Ysidoro fincadas las rodillas, e haziendo voto, dixo a biua voz: "Ayúdame, bienauenturado confessor, contra los moros, y de las cosas que ganare yo daré a esta yglesia honrrada parte"»[53].

Éstos son los vaticinios y anuncios proféticos que aparecen en el *Chronicon mundi* relacionados con las dotes clarividentes de Isidoro, pero no son los únicos que se atribuían al santo en las primeras décadas del siglo XIII. Ya mencionamos con anterioridad el *Liber de miraculis Sancti Isidori*, comúnmente atribuido al Tudense y que tendrá considerable repercusión, sobre todo al imprimirse, traducido, a comienzos del siglo XVI. En efecto, el prior de la Real Colegiata de León, Juan de Robles, realizó una traducción que, bajo el título de *Libro de los miraglos de Sant Isidro, arçobispo de Seuilla*, fue impresa en Salamanca en 1525[54].

---

50 Dado que la versión romanceada del Tudense incluye aquí una interpolación, prefiero acudir al original latino: «*apparuit ei beatus confessor Isidorus dum dormiret, et confortauit eum dicens se datum esse domino illi et suo generi defensorem, et ne timeret multitudinem sarracenorum hortabatur, sed viriliter primo mane cum sarracenis confligeret, quia sicut fumus euanescerent a facie eius, et in ipsa die eandem caperent ciuitatem*» (*HI*, p. 104). Sobre el episodio en cuestión, véase el estudio —excesivamente favorable— de Justiniano RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ: *El pendón isidoriano de Baeza y su cofradía*, León, 1972 (2.ª ed.). Nótese al respecto que la *Chronica Adefonsi Imperatoris* no menciona ni una sola vez a Isidoro (*Crónica del Emperador Alfonso VII*, ed. de Maurilio Pérez González, León, 1997).

51 Según el Tudense, «*beatus autem Isidorus apparuit cuidam canonico et thesaurario monasterii sui nomine Isidoro, et mittens eum ad regem Fernandum, significavit ei adventum sarracenorum, dicens, quod cito rex Fernandus obviaret sarracenis, et vinceret eos, eo quod ipse beatus Isidorus, et sanctus Iacobus Apostolus in certamine illo forent cum eo*» (LUCAS DE TUY: *Crónica de España*, libro IV, cap. LXXXIII, pp. 403-404). Al existir en este punto una laguna en la traducción medieval del Tudense, Puyol acude al texto latino.

52 Ídem, libro IV, cap. XCI, p. 425. «*Beatus etiam confessor Isidorus quibusdam apparuit Zemorae ante quam Emerita caperetur et bellum fieret, et dixit eis se ad auxilium Adefonsi regis cum sanctorum exercitu properare, et quod sibi dictam traderet ciuitatem, et de sarracenis campalem praeberet triumphum*» (*HI*, p. 114).

53 Ídem, libro IV, cap. XCIV, p. 429. «*Tunc temporis deuotissimus rex Fernandus coram corpore beati Isidori fixis genibus orauit, et votum faciens dixit viua voce: "Adiuua me beate confessor contra sarracenos, et de his quae acquiesiero huic ecclesiae tuae conferam honorabilem portionem"*» (*HI*, p. 115).

54 El libro en cuestión consta de dos partes: la «*historia del muy bienauenturado Sancto Isidro, arçobispo de Seuilla*» y la relación de sus milagros. Esta última es una sucesión de 88 capítulos que narran otros tantos hechos milagrosos. Por su parte, la primera contiene tres epígrafes: la vida de Isidoro, una narración del «*glorioso fin y pasamiento*» del santo y el relato de la traslación de su cuerpo desde Sevilla a León. Debe consultarse al respecto el artículo de Javier PÉREZ-EMBID WAMBA: «Hagiografía y mentalidades en el siglo XII: los "milagros de San

Inmersos en un marco puramente hagiográfico, varios pasajes despiertan nuestro interés. Así, el milagro XI explica cómo «el glorioso doctor sancto Isidro le apareció [a Fernando I] e le dixo cómo ya se acercaua el día en que hauía de passar deste siglo para la gloria» (fol. 34v-35r). Y en el milagro XVI Isidoro se aparece a Cebrián o Cipriano, obispo de León, «muy hermoso, vestido de su palio pontifical, cercado de muchas compañas de ángeles e con gesto muy alegre». Tras lo cual, «con palabras muy suaves» le indicó que enviase un mensajero al rey Alfonso VI para comunicarle que en el plazo de quince días conquistaría Toledo (fol. 42v)[55]. Este episodio será interpolado tal cual por el autor de la traducción de la crónica de don Lucas de Tuy, que se separa así del original latino[56]. Llama la atención el apelativo que aplica el Tudense romanceado a Isidoro: «el verdadero propheta para dezir las cosas venideras»[57].

Algo parecido ocurre con los milagros XXV XXVIII, que, aunque ausentes del *Chronicon mundi*, también encuentran acomodo en la versión romanceada[58]. Aquí, Isidoro se aparece en sueños a Gutierre Fernández, el noble que impidió el expolio de su iglesia, y le anuncia un futuro próspero a él y el castigo divino para quienes «violauan las yglesias de Christo a manera de ynfieles»[59]. Ni que decir tiene que Alfonso el Batallador experimentó en propia carne la «vengança diuinal»[60].

El milagro XXXII (fol. 60v-64v) contiene las apariciones y vaticinios de Isidoro a Alfonso VII durante el cerco de Baeza. Sus pormenores también interesaron al traductor del Tudense, que se aleja parcialmente de la redacción original[61]. Tanto en el milagro como en la versión romanceada, Isidoro no aparece sólo, pues junto al «varón cano de fermosas canas, vestido de vestidura obispal, cuya cara resplandecía como el sol muy claro», el emperador observa a su derecha una mano blandiendo una espada de fuego, que resulta ser la de Santiago[62]. Ahora bien, lo realmente interesante es la observación que Isidoro hace al rey: «yo, que soy de tu linaje, soy dado por guarda a ti y a los que vernán»[63]. El traductor de los *Milagros* en la edición de 1525 afina más con el latín: «Yo soy diputado por mano de Dios nuestro Señor para guarda tuya y de los que nacerán de tu linaje» (fol. 61r).

Isidoro de León"», *Las fiestas de Sevilla en el siglo XV. Otros estudios*, C.E.I.R.A. 2, Madrid, 1991, pp. 413-444. Sobre los manuscritos y ediciones de la obra véanse las observaciones de Antonio VIÑAYO GONZÁLEZ: «La abadía de canónigos regulares de San Isidoro de León en el siglo XII. Vida espiritual e intelectual», *Pensamiento medieval hispano...*, p. 128, nota 38. Un interesante estudio sobre las repercusiones iconográficas del *Libro de los milagros de Sant Isidro*, en el artículo de Etelvina FERNÁNDEZ GONZÁLEZ: «La iconografía isidoriana en la Real Colegiata de León», ídem, pp. 165-181.

55 Curiosamente, el vaticinio lleva aparejado otro anuncio a modo de contraseña o clave de autenticidad, pues el santo predice al obispo leonés cómo aquel mismo día, «a la hora de tercia», recibiría la visita de un sirviente de su casa que le informaría de la decisión real de levantar el cerco.

56 LUCAS DE TUY: *Cronica de España*, libro IV, cap. LXX, pp. 374-376. El original habla de ciertos pronósticos sobre la caída de Toledo, pero no asociados a Isidoro (*HI*, p. 98).

57 Ídem, libro IV, cap. LXX, p. 374.

58 Ídem, libro IV, caps. LXXII LXXV, pp. 383-390.

59 Ídem, libro IV, cap. LXXIII, p. 387.

60 Ídem, libro IV, cap. LXXIV, p. 388.

61 Ídem, libro IV, cap. LXXIX, pp. 393 397.

62 Ídem, libro IV, cap. LXXIX, p. 394.

63 Ibídem.

El comentario adquiere pleno sentido si lo ponemos en relación con otro recogido a comienzos del siglo XV por Alvar García. En efecto, sabemos por su crónica que el infante don Fernando de Antequera y, en general, «los reyes de Castilla, quando yvan a aver la pelea con los moros, o entravan por sus cuerpos en su tierra, lleuauan sienpre consigo el pendón de Sant Esidro de León, aviendo muy grande deboción en él»[64].

La pretendida alianza entre el santo profeta y la monarquía hispánica había comenzado en tiempos de Fernando I, y dio nuevas muestras bajo el reinado de Alfonso VI; pero es con Alfonso VII cuando llega a su culminación, al menos en la imaginación de los cronistas. El Emperador habría creado la cofradía de San Isidoro para agradecer el vaticinio isidoriano sobre la victoria de Baeza y algo más, a juzgar por las palabras del santo:

> Pues confórtate y sey varón, que, esclaresçiendo la mañana, te dará el Señor toda esta muchedunbre de ynfieles por mi ruego, y sobre esto, todos los prinçipes de los moros aquende el mar serán sojuzgados a tu señorío, y tanbién los reyes cathólicos que moran en España[65].

El tono del discurso se asemeja extraordinariamente al de las profecías que anunciarán, a fines del siglo XV, la victoria final y definitiva de los Reyes Católicos sobre el Islam; sólo que, en este caso, el traductor del Tudense la retrotrae a la Castilla del siglo XII. La versión romanceada del Tudense contiene, además de las interpolaciones provenientes del *Libro de los milagros*, nueve capítulos añadidos que narran hechos posteriores a la muerte de don Lucas y se han puesto en relación con la supuesta crónica del maestre santiaguista Pelay Pérez Correa[66]. El autor de este final apócrifo aplica a Sevilla un argumento muy similar al que el Tudense presentaba como causa espiritual de la conquista de Córdoba: la oración de Fernando III ante el santo arzobispo. El texto explica que el rey «vino al monesterio de Sancto Ysidoro de León» y, «fincadas las rodillas delante del altar, dixo con gran deuoçión de coraçón» la siguiente súplica:

> O bienauenturado confessor Ysidro, que siempre fuiste ayudador y defensor de los reyes de España, ayuda a tu sieruo y tu pariente, porque tú sabes que de todo coraçón te

---

[64] García de Santa María, Alvar: *Crónica de Juan II de Castilla*, ed. de Juan de Mata Carriazo, Madrid, 1982, cap. 172, pp. 366-367.

[65] Lucas de Tuy: *Crónica de España*, libro IV, cap. LXXIX, p. 395. «*Todos los principes de los moros de aquende el mar seran subjectos a tu imperio e mandamiento; e también lo serán todos los reyes cathólicos que moran en las Españas*», leemos en el milagro XXXII (fol. 62v).

[66] González, Julio: *Reinado y diplomas de Fernando III*, tomo I, «Estudio», Córdoba, 1980, pp. 46-47. Defienden la existencia del texto Juan Bautista Avalle-Arce: «Sobre una Crónica medieval perdida», en *Boletín de la Real Academia Española* (Madrid), 40 (1962), pp. 255-297; y Derek W. Lomax: «A Lost Medieval Biography, the *Corónica del Maestre Pelayo Perez*», en *Bulletin of Hispanic Studies* (Liverpool), 38 (1961), pp. 153-154, y «The medieval predecessors of Rades y Andrada», en *Iberoromania* (Tübingen) 23 (1986), pp. 81-90. Tiene distinta opinión Daniel Rodríguez Blanco: «Pelay Pérez Correa. Entre la historia y la leyenda», en *Sevilla 1248. Congreso Internacional Conmemorativo del 750 Aniversario de la Conquista de la Ciudad de Sevilla por Fernando III, Rey de Castilla y León*, Madrid, 2000, pp. 207-220.

amo y confío en ti, y creo ser ayudado por tus santos ruegos, y prometo de darte tu parte de aquellas cosas que ganare[67].

Comprobamos así que el texto añadido al Tudense sigue siendo deudor del *Libro de los milagros*, que recoge idéntico asunto en el número LXXXI (fol. 116r). Es más, su autor comenta que Fernando «nunca entró en batalla que no fuesse vencedor, ni jamás puso cerco sobre logar o castillo que no lo tomasse; e ansí conoció bien el fauor que Dios le dio por amor de Sant Isidro» (fol. 116v). Esta idea de protección divina nos recuerda que la imagen de santidad de Fernando III hubo de afianzarse nada más morir, a juzgar por testimonios como el de aquel abad de Sahagún ocupado en presentar a un Fernando que, «haciendo la guerra de Cristo... desde su juventud», «destacó por sus dones» y «merece ser puesto junto a los Tronos de los cielos»[68]. Por el momento dejaremos aquí el pretendido vínculo entre ambos santos, rey y arzobispo, que habremos de retomar más adelante.

Los temas desarrollados por la *Vita*, los *Milagros* o el *Chronicon* de don Lucas de Tuy calaron de forma desigual en la gran historiografía del siglo XIII. Rodrigo Jiménez de Rada, el arzobispo de Toledo, no duda en afirmar que ya en tiempos de Sisebuto «España honraba al muy santo Isidoro, metropolitano de Sevilla, ilustre y esclarecido maestro»[69]. Ahora bien, el Toledano se muestra más recatado respecto a los prodigios sobrenaturales y, por consiguiente, respecto al Isidoro profeta; en una muestra más de su particular «beligerancia hacia lo tradicional o legendario»[70]. De los últimos momentos del santo nos dice que

mientras San Isidoro estaba celebrando una ceremonia en la Iglesia de Sevilla, y habiendo ya alimentado al pueblo que le estaba encomendado con el manjar del trigo celestial, se encomendó a sus oraciones y, despidiéndose de él, le anunció su muerte, que sabía por una profecía[71].

Lo cual no implica que Isidoro fuese el inspirador, sino únicamente el receptor de tal pronóstico. Jiménez de Rada debía tener serias dudas sobre el espíritu profético isidoriano, pues nada dice acerca de que anunciara la «pérdida» de España. Es significativo, por ejemplo, que tampoco dé cabida en su crónica al episodio de la venida de Mahoma a Córdoba. En lugar de

67 Lucas de Tuy: *Crónica de España*, libro IV, cap. CI, p. 444. De aquí deduce el autor de la versión romanceada las donaciones que cupieron al monasterio leonés en el repartimiento sevillano, pues el rey «non se oluidó de dar su parte a Santo Ysidro confessor, antes le dio casas y linares que touiese el monesterio y tiénelas todauía» (ibídem). Cfr. *Repartimiento de Sevilla*, ed. de Julio González, Sevilla, 1998 (2.ª ed), tomo II, pp. 43, 242 y 305.

68 Carande Herrero, Rocío: *Un poema latino a Sevilla. Versos de Julia Rómula o la urbe Hispalense de Guillermo Pérez de la Calzada (1250)*, Sevilla, 1986, p. 41. Sobre la faceta religiosa del monarca véanse los comentarios de Julio González: *Reinado y diplomas...*, tomo I, pp. 72-78. Es significativo que nada pueda decir sobre una particular devoción a San Isidoro.

69 Jiménez de Rada, Rodrigo: *Historia de los hechos de España*, ed. y trad. de Juan Fernández Valverde, Madrid, 1989, libro II, cap. XVII, p. 110.

70 Ídem, Introducción, p. 38.

71 Ídem, libro II, cap. XVIII, p. 112.

recoger la fábula, el cronista se limita a observar que, mientras reinaba Sisebuto, «el maldito Mahoma predicó la maldad de su secta a los pueblos de poco seso»[72].

De nuevo se conduce con moderación el Toledano al relatar la traslación del cuerpo del santo desde Sevilla a su destino leonés. Más que los prodigios, le interesa presentar la devoción de Fernando I; asunto en el que sigue puntualmente al Tudense[73]. Alentado tal vez por sus vínculos con Alfonso VIII y doña Berenguela, don Rodrigo Jiménez de Rada da cuenta de las apariciones de Isidoro a aquellos que les precedieron: Fernando I[74] y Alfonso VII[75]. Asimismo, nos informa sobre el aviso de Isidoro que permitió socorrer a tiempo Ciudad Rodrigo[76].

Frente a Jiménez de Rada, la *Estoria de España* alfonsí se muestra más receptiva hacia los argumentos del Tudense. Significativamente, volvemos a encontrar el episodio de Mahoma en Córdoba[77]. Respecto a la profetizada muerte de Isidoro, la *Estoria* nos cuenta que «quando él uino al concilio de Toledo dixo él y ante todos el día que auie de morir et las cosas que auien de uenir sobre Seuilla». Y aclara: «Este sant Esidro fue muy noble de spírito pora dezir las cosas que auien de uenir»; al tiempo que recuerda cómo «mantouo su arçobispado quarenta annos, faziendo Dios por él muchos fremosos miraglos et muchas sennales»[78].

La *Estoria* refiere también la devoción isidoriana de Fernando I —cánticos incluidos—[79], los milagros ocurridos durante el traslado de los restos del santo a León[80], el anuncio al rey de su muerte[81], los lloros de las piedras del monasterio leonés tras el fallecimiento de Alfonso VI[82], la aparición a Alfonso VII en Baeza[83] y el aviso de la expedición del desertor Fernán Ruiz de Castro contra Ciudad Rodrigo[84]. Pero además, el texto alfonsí recoge un dato de extraordinario inte-

---

72 Ídem, libro II, cap. XVII, p. 111.

73 «Lo cierto es que el rey Fernando hizo levantar una iglesia conmemorativa y consagrarla a San Isidoro, que adornó con oro, plata, piedras preciosas y telas de seda, y a esta iglesia acudía por la mañana, por la tarde, por la noche y a las horas del sacrificio, unas veces acompañando a los clérigos en sus cantos de alabanza a Dios y otras incluso haciendo la vez de chantre» (ídem, libro VI, cap. 12, p. 235).

74 «Cuando ya su vida tocaba a su fin, se le apareció San Isidoro y le reveló el día de su muerte» (ídem, libro VI, cap. XIII, p. 236).

75 El santo se aparece durante el sitio de Baeza, «en medio de la noche, dando ánimos al emperador y asegurándole su ayuda en el combate del día siguiente». La victoria castellana se produjo «de acuerdo con la promesa de San Isidoro» (ídem, libro VII, cap. XI, p. 278).

76 Ídem, libro VII, cap. XXI, p. 290

77 *Primera Crónica General de España*, ed. de Ramón Menéndez Pidal, Madrid, 1977 (3.ª ed.), tomo I, cap. 478, p. 266.

78 Ídem, tomo I, cap. 500, p. 277.

79 Ídem, tomo II, cap. 809, p. 490.

80 ídem, tomo II, cap. 810, pp. 490-491.

81 «Dixol allí sant Esidro quál día auie de finar et la ora en que ell alma se auie a partir de la su carne» (ídem, tomo II, cap. 812, p. 493).

82 Ídem, tomo II, cap. 964, p. 645.

83 «Paresció en la noche sant Esidro al emperador, conortándol et esforçándol, que la batalla de otro día que la cometiesse atreuudamientre et con grand esfuerço, et que el le uernie y en ayuda et serie y su ayudador». La batalla fue muy disputada, «mas ell emperador uio sant Esidro andar en la fazienda de la su parte» (ídem, tomo II, cap. 981, p. 660).

84 Ídem, tomo II, cap. 994, p. 673-674.

rés cuya fecha no alcanzaron a historiar —por distintos motivos— ni el Tudense ni el Toledano: la entrada victoriosa de Fernando III en Sevilla el 22 de diciembre de 1248, festividad de la traslación de San Isidoro[85].

La coincidencia —que excitará la imaginación de los historiadores sevillanos de los siglos XVI y XVII— pasó desapercibida en el taller historiográfico alfonsí. Nada se dice en la *Estoria* de la oración que, según la adición del Tudense romanceado, habría dirigido el rey santo al santo arzobispo antes de la conquista de Sevilla. Pero lo más sorprendente es que, a su vez, el autor de aquel añadido del siglo XV tampoco conocía la fecha proporcionada por los historiadores alfonsíes.

En cualquier caso, la fama profética de San Isidoro debía ser ya notable al comenzar el siglo XIV. En este sentido cabría interpretar el término que utilizan maestre Mahomad y Gil Pérez al traducir, hacia 1300, los *Ajbār Muluk al-Andalus* de Aḥmad ibn Muḥammad al-Rāzī. En el capítulo dedicado al «muy buen rey», «muy derechero e muy letrado e muy rrazonado» Sisebuto, la *Crónica del moro Rasis* nos cuenta que «ouo sesudos priuados, e entre ellos era vn grant filósofo e muy buen estrólago e auía nonbre Çirdan»[86]. Evidentemente, se refiere a Isidoro, cuyas dotes proféticas cuadran bien con la consideración de astrólogo; aunque el término parece un añadido de los traductores, pues otras fuentes próximas al texto desaparecido de Aḥmad al-Rāzī.no coinciden en este punto[87].

De extender la fama del Isidoro profeta se encargaron las distintas refundiciones y derivaciones de la *Estoria* alfonsí. La llamada *Crónica de veinte reyes* refiere el milagro del agua en el monasterio leonés, el aviso que permitió a Fernando II socorrer Ciudad Rodrigo y la entrada de Fernando III en Sevilla el día de la traslación de los venerables restos[88]. Sorprende que no incluya el vaticinio a Fernando I o la aparición del santo a Alfonso VII en Baeza. Contamos también con el testimonio de la *Crónica abreviada* de don Juan Manuel, cuya brevedad no impide dejar constancia del frustrado encuentro con Mahoma en Córdoba[89], de la predicción isidoriana sobre su propia muerte y sobre las desgracias del reino[90], o de la aparición y funesto vatici-

---

85 Ídem, tomo II, cap. 1125, p. 767. De aqui toma la fecha Julio GONZALEZ: *Repartimiento de Sevilla*, ed. cit., tomo I, pp. 219-220; y *Reinado y diplomas...*, tomo I, p. 390, nota 610.

86 *Crónica del moro Rasis*, ed. de Diego Catalán y M.ª Soledad de Andrés, Madrid, 1974, cap. CXXIV, pp. 261 262. El término «astrólogo» aparece en los tres manuscritos castellanos de la crónica.

87 Así, al ʿUdrī tan sólo refiere que «en sus dias [de Sisebuto] vivió Iš(ī)dr, sabio escritor» (*Crónica del moro Rasis*, estudio preliminar, p. LXVIII). La *Crónica pseudo isidoriana* se limita igualmente a indicar que «en tiempos de éste fue arzobispo de Híspalis Isidoro» (*La chronica gothorum pseudo isidoriana (ms. Paris BN 6113)*, ed. y trad. de Fernando González Muñoz, A Coruña, 2000, cap. XVI, p. 171). Y para el autor de la *Crónica mozárabe de 754* —en la que se basan tanto la *Crónica del moro Rasis* como la *Pseudo isidoriana*— «el ilustre doctor Isidoro» tan sólo «destacaba y causaba admiración» «por sus abundantes libros» (*Crónica mozárabe de 754*, ed. y trad. de José Eduardo Lopez Pereira, Zaragoza, 1980, cap. I, 14 y 17, pp. 32-35).

88 *Crónica de veinte reyes*, ed. coordinada por César Hernández Alonso, Burgos, 1991, libro X, cap. LXXXVIII, p. 245; libro XIII, cap. XI, p. 275; y libro XV, cap. LXXVI, p. 344, respectivamente.

89 Don Juan MANUEL: *Obras completas*, ed. de José Manuel Blecua, tomo II, Madrid, 1983, *Crónica abreviada*, libro II, cap. XXV, p. 674.

90 En el concilio de Toledo «dixo delante todos el dia que avie de morir. Otrosí dixo las cosas que avian de venir sobre Seuilla. E otrosí dizen que esse anno morió» (ídem, libro II, cap. XLVII, p. 679).

nio a Fernando I[91]. En la *Crónica Geral de Espanha de 1344* se alude igualmente de forma directa a las dotes proféticas de Isidoro. En el capítulo dedicado a narrar su muerte se nos cuenta cómo predicó en Sevilla «muytas cousas de prophecias» y cómo anunció en el concilio toledano «o dya em que avya de morrer e todallas cousas que avyã de vĩir sobre Sevylha», para concluir que «este Sancto Ysydro foi muy nobre expositor da Sancta Escriptura e ouve spiritu de prophecia pera dizer as cousas que avyam de vĩir»[92].

En algún momento indeterminado de las últimas décadas del siglo XIV o primeras del XV, la supuesta profecía de Isidoro sobre la «destrucción» de España abandonó el estrecho marco de las crónicas para adquirir vida propia; y lo hizo bajo la forma de lo que ha dado en llamarse el *Planto de España*. Pero ¿cuál pudo ser su origen?

Sin duda, uno de los mayores logros literarios de Isidoro es el prólogo a su *Historia Gothorum*, más conocido como *De laude Spaniae*[93]. Este panegírico del suelo patrio con reminiscencias clásicas fue «punto de arranque de toda una tradición nacional española» y se convirtió en modelo «no sólo de los historiadores, sino también de los poetas épicos de la Edad Media»[94]. Recordemos que el Tudense abría igualmente su crónica con un «proemio loando a España»[95]. Ahora bien, ¿cómo pudo convertirse la alabanza en llanto y el orgullo en pesadumbre?

Es posible que el riguroso Jiménez de Rada colaborase, sin pretenderlo, en esta metamorfosis. Como afirma Fernández Valverde, el Toledano «va a recoger la herencia precedente y a fijar el modelo de *laus Hispanie* que a partir de él se repetirá sistemáticamente en la historiografía española»[96]. La aportación principal de Jiménez de Rada consiste en asociar el elogio de España a su destrucción. En efecto, el Toledano retoma los argumentos de Isidoro, pero desde una óptica muy distinta. Lo que para éste era una realidad vivida en tiempo presente, para aquél se convierte en añoranza y evocación de un paraíso perdido. Resulta significativo que, al ubicar el texto, don Rodrigo renuncie a la posición inicial que eligieron Isidoro y el Tudense, y prefiera situarlo justo tras la noticia de la conquista musulmana de 711. «¡Ay dolor!», clama el cronista ante la pérdida de una tierra que nos presenta y describe «como si fuera el paraíso del Señor»[97].

---

91 Ídem, libro III, cap. XI, p. 744.

92 *Crónica Geral de Espanha de 1344*, ed. de Luís Filipe Lindley Cintra, vol. II, Lisboa, 1954, cap. CXLV, p. 215.

93 RODRÍGUEZ ALONSO, Cristóbal: *Las historias de los godos...*, pp. 168-171. Sobre sus fuentes y composición véanse los comentarios del editor en pp. 113-119, así como el artículo de Juan FERNÁNDEZ VALVERDE, «*De laude et deploratione Spanie* (estructura y fuentes literarias)», en *Los visigodos. Historia y Civilización*, Murcia, 1987, pp. 457-462.

94 CURTIUS, Ernst Robert: *Literatura europea y Edad Media latina*, tomo I, Madrid, 1989 (5.ª reimp.), p. 229. Véase, por ejemplo, el elogio de España que incluye el *Poema de Fernan Gonzalez* en sus estrofas 145-156 (HERNANDO PÉREZ, José: *Poema de Fernán González e Hispano Diego García*, Salamanca, 2001, pp. 189-192; cfr. también pp. 54-59 del estudio preliminar).

95 LUCAS DE TUY: *Crónica de España*, pp. 3-11. La originalidad de don Lucas ha sido puesta de relieve por Juan GIL, «La historiografía», pp. 88-89.

96 FERNÁNDEZ VALVERDE, Juan: «*De laude et deploratione Spanie...*», p. 459.

97 JIMÉNEZ DE RADA, Rodrigo: *Historia de los hechos de España*, libro III, cap. XXI, pp. 148-150.

Movido por este sentimiento, el Toledano decide completar el capítulo de la «alabanza» con otro dedicado al «llanto por España y los godos»[98]. Así, se convierte en «el primer autor que une a la *laus Hispanie* la *deploratio* por el derrumbe del reino godo»; y lo hace con un «estilo bíblico y clausular» que aumenta la intensidad de su lamento[99]. Don Rodrigo se inspira en la *Crónica mozárabe de 754*, pionera en estas *deplorationes*, para componer un fresco de tintes apocalípticos capaz de impresionar al lector más indolente[100]. El éxito de su hallazgo literario se constata en la *Estoria de España* alfonsí, que traslada fielmente el esquema y contenidos del *De rebus Hispaniae*[101]; sancionando así «lo que ya quedaba constituido como un tópico de nuestra historiografía»[102]. Interesa destacar la utilización aquí de interjecciones como «¡Ay Espanna!» o «¡Espanna mezquina!»[103].

Como vemos, las grandes crónicas del siglo XIII proporcionaban los ingredientes esenciales: la figura del Isidoro profeta, el recuerdo de su *De laude Spaniae*, la asociación de ésta a la apocalíptica conquista musulmana y la interpelación a la patria que se desmorona en su propia impasividad. Tan sólo restaba llevar a cabo una actualización de la supuesta profecía isidoriana sobre el ocaso de los godos[104]. A ello se dedica el ya aludido *Planto de España*. José Guadalajara ha observado la semejanza entre el «tono lastimero» adoptado por la *Estoria* alfonsí al referir las consecuencias de la conquista, y el *Planto* atribuido a San Isidoro, e incluso la *Lamentaçión de Spaña* del marqués de Santillana[105]. Sin duda, los acontecimientos políticos vividos en la Castilla del siglo XV ofrecían un contexto favorable para el pensamiento apocalíptico, recogido en gran número de textos. Las *Coplas de Mingo Revulgo*, escritas por fray Íñigo de Mendoza en 1464, son un buen ejemplo: tras la aniquilación de Justicia, Fortaleza, Prudencia y Templanza, se anuncia la inevitable llegada de «las tres rabiosas lobas», es decir, el hambre, la peste y la guerra[106].

Al expirar el Medievo, la profecía atribuida a Isidoro sobre la nueva destrucción de España se va a nutrir de contenido mesiánico y apocalíptico, tomando de las profecías del Anticristo su cortejo de personajes escatológicos: el emperador de los últimos tiempos, el Papa angélico, el Encubierto, el murciélago, el nuevo David. Términos todos ellos que nos remiten a la larga y

---

98 Ídem, cap. XXII, pp. 150-153.

99 FERNÁNDEZ VALVERDE, Juan: «*De laude et deploratione Spanie...*», p. 460.

100 *Crónica mozárabe de 754*, cap. VII, 55, pp. 72-75.

101 *Primera Crónica General*, tomo I, caps. 558-559, pp. 310-314.

102 MARAVALL, José Antonio: *El concepto de España en la Edad Media*, Madrid, 1981 (3.ª ed.), p. 23.

103 *Primera Crónica General*, pp. 311 y 312 respectivamente. También son «mesquinos» los españoles en las estrofas que dedica a la «destrucción» del reino el *Poema de Fernán González* (estr. 89, ed. cit., p. 175).

104 Para José GUADALAJARA MEDINA, «es indudable que la conquista musulmana produjo una honda conmoción en el medio hispánico y que tal vez, por la magnitud de ésta, cuando otras graves circunstancias aquejaron a la sociedad, se estableció un paralelismo con aquel dramático acontecimiento para predecir una catástrofe de similares proporciones» (*Las profecías del Anticristo en la Edad Media*, Madrid, 1996, p. 284).

105 Ídem, p. 345. La *Lamentaçión de Spaña*, en las *Obras completas* de don Íñigo López de Mendoza (ed. de Ángel Gómez Moreno y Maximilian P. A. M. Kerkhof, Barcelona, 1988, pp. 410-413). Cfr. LAPESA, Rafael: *La obra literaria del Marqués de Santillana*, Madrid, 1957, pp. 241-245.

106 *Poesía crítica y satírica del siglo XV*, ed. de Julio Rodríguez Puértolas, Madrid, 1989 (3.ª ed.), p. 219.

fructífera tradición profética catalana y al resto de corrientes europeas, especialmente las que arrancan de los vaticinios de Joaquín de Fiore, Jean de Roquetaillade o Arnaldo de Vilanova[107]. No extraña por tanto que el *Planto* y sus profecías —en las versiones que han llegado hasta nosotros— presenten variantes significativas, fruto de una transformación continua de forma y contenido. De hecho, el texto se nos ha conservado en unas pocas copias manuscritas tardías, distorsionadas con añadidos de diversa procedencia[108]. Para José Guadalajara,

> lo que fue el originario *Planto de España* de tradición medieval ha de entresacarse de la hojarasca de estas mixturas; sin embargo, no resulta muy complicada esta tarea, ya que la confrontación textual entre varias de estas versiones y su comparación con escritos afines, como el caso de la *Lamentaçión* de Santillana, permiten estimar, una vez eliminados también los componentes extraños [...], que el *Planto* hubo de ser una profecía que, conectada con la tradición cronística, vaticinaba en tono lastimero una próxima destrucción de España a causa de los pecados hispánicos, entre los que se encontraba el consentimiento de la estancia musulmana en la península[109].

El *Planto* en cuestión debía articularse en torno a una reiteración de condenas sobre la insatisfactoria realidad coetánea, encabezadas por la interjección «*guay*» (equivalente al *vae* latino de Arnaldo de Vilanova)[110]:

> Guay de ti España y del tu gran caudillo sin corona de virtudes, que tus fedores y los tus pecados grandes aborresçidos son a Dios y la sangre de los pequeños demanda venganҫa [...]. Guay de ti, que rompiste los adarves de las tus ciudades [...]. Guay de ti, quebrantadora de las cosas [...]. Guay de ti, España, que faras barragana a la esposa de Jesucristo; peor heres que los gentiles idólatras [...]. España, criadora de la mala seta de Mahomad, será destruida en cisma con gran furia y saña, ca los reinos della se levantarán los unos contra los otros[111].

---

[107] Sobre estas cuestiones son de obligada consulta los libros de José GUADALAJARA MEDINA: *Las profecías del Anticristo...*, y Alain MILHOU: *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español*, Valladolid, 1983.

[108] Alain MILHOU constató la existencia de varias copias del *Planto* en dos manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid (en adelante, B.N.M.): ms. 6149 (fol. 224r-228r) y ms. 1779 (fol. 37v-38v y 50r-51v). En el primero, está copiado a partir de un documento de 1568. En el segundo, el vaticinio aparece en una compilación de diversas profecías del tiempo de las Comunidades («La chauve-souris...», p. 61, nota 1). Dicha compilación forma parte de la *Relación de todo lo sucedido en las Comunidades de Castilla y otros reynos reynando el emperador Carlos quinto*, atribuida en ocasiones erróneamente a Gonzalo de Áyora, cuyo capítulo de profecías ha sido editado por Ramón ALBA (*Acerca de algunas particularidades de las Comunidades de Castilla tal vez relacionadas con el supuesto acaecer terreno del Milenio igualitario*, Madrid, 1975, pp. 169-209; el *Planto*, en dos versiones distintas, ocupa las páginas 175-180 y 197-200).

[109] GUADALAJARA MEDINA, José: *Las profecías del Anticristo...*, p. 348.

[110] Fue muy conocida su profecía *Vae mundo in centum annis*, contenida en su libro *De cymbalis Ecclesiae*, de 1301 (ídem, p. 197).

[111] Ramón ALBA, *Acerca de algunas particularidades...*, pp. 197-199. ¿Podemos ver un recuerdo del «guay de ti, España» en el verso «España, España, ¡ay de ti!» del romance sobre la traición del conde don Julián? Cfr. DURÁN, Agustín: *Romancero general o Colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII*, tomo I, Madrid, 1945 (2.ª ed.): Biblioteca de Autores Españoles, vol. 10, n.º 594, p. 405. Durán lo toma del generoso *Cancionero de romances* impreso por Martín Nucio (Amberes, 1555). Según el editor, «a diferencia de los otros Cancioneros

Ya hemos comentado que todo lo que no sea el lamento por la «pérdida» parece ser ajeno a la concepción original del *Planto de España*. Pero las versiones conservadas del *Planto* aparecen siempre asociadas a una obra de notable contenido apocalíptico: la de fray Juan Unay el alemán o fray Juan Alamany[112]. El texto se conserva en manuscritos datables a partir de finales del siglo XV y en un impreso de comienzos de la centuria siguiente[113]. La obra de Unay es controvertida por varias cuestiones: nada se sabe sobre su autor, la bibliografía reciente utiliza distintas denominaciones para titularla y no existe consenso sobre su fecha de redacción.

> Fray Johan Alamany (o «fray Joan Alemany» o «Maestre Juan el alemán» o, también, bajo forma de anagrama, «Maestro Juan Unay el alemán», o «Maestro Unay, frayle menor alemán»). [...] Ese misterioso religioso (¿catalán?, ¿de origen alemán?), «fraile menor de la orden de Santi Spiritus» (¿franciscano joaquinita que creía en el advenimiento del Evangelio eterno del Espíritu?, ¿o miembro de la congregación hospitalaria, llamada «orden del Espíritu Santo», fundada a fines del siglo XII por un hijo del conde de Montpellier?) escribió en latín, con toda probabilidad en la primera mitad del siglo XV, un tratado sobre el Anticristo, hoy desaparecido en su versión original, pero que tuvo una gran difusión en castellano y catalán[114].

Pero ¿cuándo se fundieron en uno el *Planto* pseudo-isidoriano y las elaboradas profecías de fray Juan Unay? Es difícil saberlo, aunque cabe hacer algunas observaciones merced a los escritos de uno de los autores más prolíficos del siglo XV castellano: mosén Diego de Valera. El tema de la destrucción de España y las profecías que lo adornan son cuestiones que interesan sobremanera

---

que conservan las obras artísticas de los trovadores cultos del siglo XV, el de *Romances* contiene la poesía popular y la juglaresca, si no en su primitiva pureza, sí, al menos, la más próxima a los tiempos remotos donde nació» (*Romancero general*, tomo II, B.A.E., 16, p. 679). Sobre la edición de Nucio véanse los comentarios de Paloma Díaz Mas en el «Prólogo» a su *Romancero*, Barcelona, 1994, pp. 44-45.

112 Las versiones del *Planto* editadas por Ramón Alba se encuentran separadas por la profecía del «maestro Uray, frayle menor alemán de la Horden de Sancti Espíritus» (ALBA, Ramón: *Acerca de algunas particularidades...*, pp. 180-197). Y el *Planto* del manuscrito 6149 B.N.M. intercala un resumen de la misma obra. Además, el texto del maestro Unay en el manuscrito 8586 B.N.M. va seguido de un párrafo con reflexiones sobre el perdón de Dios atribuidas a «Santo Ysidro» (fol. 30r).

113 Frente a la versión tardía y edulcorada de la profecía de fray Juan Unay transcrita a partir del manuscrito 1779 B.N.M. por Ramón Alba, es preferible la edición realizada por José GUADALAJARA MEDINA del ms. 8586 B.N.M. (*Las profecías del Anticristo...*, pp. 405-425). Alain MILHOU advirtió también de la existencia de otra versión en el ms. 6176 B.N.M. (fol. 231v-247r), incluida en un conjunto de numerosos textos franciscanos («La chauve-souris...», p. 69, nota 29). Además, Frederick J. NORTON da noticia de dos impresiones de la *Obra de la venguda de Antichrist. Ab una reprobació de la secta mahometica* de Joan Alamany, traducida del latín al catalán por mestre Joan Carbonell: una en 1513 y otra en Valencia, por Juan Joffre, en 1520, durante la revuelta de las Germanías (*La imprenta en España, 1501-1520*, Madrid, 1997, p. 245, que remite a los números 1352 y 1215 de su *A descriptive catalogue of printing in Spain and Portugal, 1501-1520*, Cambridge, 1978). El texto impreso en 1520 ha sido publicado por Eulàlia Duran y Joan Requesens: *Profecia i poder al Renaixement. Texts profètics catalans favorables a Ferran el Catòlic*, Valencia, 1997, pp. 91-133; estudio preliminar en las pp. 73-89).

114 MILHOU, Alain: *Colón y su mentalidad mesiánica...*, p. 238. Cfr. GUADALAJARA MEDINA, José: *Las profecías del Anticristo...*, pp. 375-389; y RAMOS, Rafael: «El *Libro del milenio* de fray Juan Unay: ¿una apología de Fernando el Católico?», en *Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, José Manuel Lucía Megías, ed., Madrid, 1997, tomo II, pp. 1241-1247.

a Valera, cuyas epístolas revelan un convencimiento pleno de la efectividad de aquellos vaticinios. Así, en una carta de 1441 dirigida a Juan II advierte al monarca en los siguientes términos:

> Catad, Señor, que escrito es por algunos santos varones, España aver de ser otra vez destruida. No plega a Dios en vuestros tienpos esto contezca; que mal aventurado rey es, en cuyo tienpo los sus señoríos reciben caída[115].

En otra carta al mismo rey, fechada en 1447, vuelve a insistir:

> No queráis que en vuestros tiempos sea verificado aquel dicho de Isidoro que dize: ¡O mezquina España! dos vezes eres destruida e tercera vez lo serás por casamientos illícitos[116].

Por estas fechas Valera alude reiteradamente a «nuestra mesquina España, que con aquexados pasos trabaja llegar a su desastrada e dolorosa fin, la qual plegue a Dios en nuestros tienpos nunca veamos»[117]. Sin embargo, las epístolas que hace llegar a Fernando el Católico dos décadas más tarde difieren sensiblemente en el contenido de la profecía. Más que la definitiva ruina, en 1475 pregona Valera la recuperación del pasado esplendor:

> podrían ser estos reinos engrandecidos e tornados en el estado que solían; e así acaesciendo, podrían ser nuestros reyes antepuestos a los reyes de Francia, como lo fueron en tienpo de los gloriosos reyes d'España Ervigio e Banba, que señorearon todas las Españas e Lenguadoque, y el Delfinado, que entonces la Francia gótica se llamava, e allende la mar, Cebta e Tánjer e muy gran parte de África[118].

Al año siguiente, confía en que con Fernando «se conplirá lo profetizado de muchos tienpos acá»[119]; y en 1478 escribe al rey que su misión «consiste en derraigar los males e acrecentar los bienes, según sentencia de Isidro»[120]. Comprobamos así que las epístolas dirigidas a Juan II contenían únicamente el anuncio de la nueva destrucción, mientras las enviadas al rey católico añaden el componente mesiánico del *Libro del milenio* y otros textos coetáneos. Por estas fechas, San Isidoro y Unay anunciaban con una sola voz el destino glorioso que había de llevar a los reyes a conquistar Granada, el norte de África y la Casa Santa de Jerusalén. Pese a todo, Valera nos desconcierta. ¿Cómo es posible que tan arraigadas convicciones proféticas respecto a Isidoro no tengan reflejo en su *Crónica abreviada de España*?

La *Abreviada* o *Valeriana* nos informa de los esfuerzos de Isidoro contra la herejía y de su muerte, pero nada dice de su espíritu profético ni de sus vaticinios sobre sí mismo o sobre el reino[121]. Es

---

115 *Prosistas castellanos del siglo XV*, tomo I, ed. de Mario Penna, Madrid, 1959: B.A.E., 116, epístola I, p. 4.

116 Ídem, II, p. 5.

117 Ídem, III, p. 8.

118 Ídem, V, p. 11.

119 Ídem, VII, p. 13.

120 Ídem, IX, p. 14.

121 VALERA, Diego de. *Cronica abreviada de España*, Sevilla, 1482 (incunable conservado en el ms. 1341 B.N.M., fol. 148-326), tercera parte, cap. XXIV, fol. 202v; y cap. XXVIII, fol. 203v. En este último leemos tan sólo: «murió el bienauenturado Sant Esidro muy santamente en la cibdad de Seuilla», y la fecha.

más, tampoco refiere la aparición del santo a Fernando I cuando relata su muerte[122]; ni se hace eco de la supuesta y premiada devoción isidoriana de Fernando III[123]. Tan sólo encontramos reflejado el anuncio a Alfonso VII en Baeza[124]. Da la impresión de que el Isidoro profeta no necesitase ya de las crónicas para sobrevivir. Lo cual no implica que decayera el interés por su figura, sino todo lo contrario. Prueba de ello es la traducción que de la *Vita Sancti Isidori* realizó Alfonso Martínez de Toledo, el célebre Arcipreste de Talavera[125]. Para elaborar su «biografía», Martínez de Toledo aprovechó fundamentalmente las noticias contenidas en la *Vita Isidori*, además de algunos otros textos[126]. La obra, movida por la devoción al santo, admite toda leyenda o tradición en torno a Isidoro de Sevilla, al que presenta como incansable hacedor de milagros y fuente segura de profecías[127]. Los viejos asertos de la *Vita* plenomedieval cobraban actua lidad en la Castilla del siglo XV.

No en vano, contamos con testimonios de todo tipo sobre aquellas supuestas profecías de Isidoro contagiadas de milenarismo joaquinita y mesianismo fernandino. Uno ciertamente interesante nos lo proporciona el aragonés Pedro Marcuello. Improvisado poeta, Marcuello no es un cortesano instruido, sino un modesto alcaide de pueblo que vive en Zaragoza y compone un «cancionero» en honor a Fernando el Católico[128]. A lo largo del poema, Marcuello y su hija se convierten en interlocutores de distintos santos a los que piden protección para los reyes. De esta forma, la doncella invoca a nuestro Isidoro con los siguientes versos:

> Isidoro, illuminado.
> arçobispo de Seuilla:
> siendo de Dios muy amado,

---

122 Ídem, cuarta parte, cap. XXXIX, fol. 237v.

123 Ídem, cuarta parte, cap. CXII, fol. 287v-291v.

124 Ídem, cuarta parte, cap. CVII, fol. 281v.

125 ARCIPRESTE DE TALAVERA: *Vidas de San Ildefonso y San Isidoro*, ed. de José Madoz y Moleres, Madrid, 1952.

126 Madoz concluye que el Arcipreste hubo de consultar el mismo manuscrito misceláneo (formado por diversos materiales isidorianos) que dos siglos más tarde proporcionará Nicolás Antonio a los Bolandistas para la composición de sus *Acta Sanctorum*. Éstos, al contrario que el Arcipreste de Talavera, suprimieron los pasajes más increíbles e inconsistentes.

127 Así, se nos dice que «avia el varón sancto spíritu de propheçia e dezía muchas cosas de las advenideras, asy como sy fueran ya pasadas y fechas, en manera que más paresçia que recontava las cosas pasadas que no que demostrava las avenideras» (p. 95). Inmediatamente antes del IV Concilio toledano, «conosçió por espíritu de profeçia el día de la su postrimería» (pp. 141-142). Y ya en el Concilio, hace público el más relevante de sus vaticinios: «sy vos apartáredes de aquestas cosas que vos mando, vernán sobre vos muchos males e caeredes en manos de los enemigos e en pestilençia e fambre. Mas sy vos tornáredes al señor de todo corazón e syguiéredes la verdat e bondat de la Yglesia universal, cobráredes señorio sobre vuestros enemigos e avredes mayor gloria e enxalçamiento que oviérades primero» (p. 144). Por supuesto, tampoco podían faltar el episodio del viaje de Mahoma a Córdoba (pp. 99-103) y la aparición a Alfonso VII en Baeza, con la historia del pendón de San Isidoro, usado también por el infante don Fernando de Antequera (pp. 160-161).

128 Disponemos de dos ediciones del libro de MARCUELLO: *Cancionero*, ed. de José Manuel Blecua, Zaragoza, 1987; y *El Rimado de la conquista de Granada o Cancionero de Pedro Marcuello*, ed. de Estrella Ruiz-Gálvez Priego, Madrid, 1995, acompañada esta última de un volumen con la edición facsímil íntegra del manuscrito 604 (1339) XIV-D-14 de la biblioteca del Museo Condé en el castillo de Chantilly (Francia).

vos ovistes profetado.
desta reyna de Castilla.
donde dixistes qu'en l'anyo.
mill quatrocientos y ochenta.
sería contra este danyo.
dell eregía y enganyo.
vna duenya a Dios siruienta[129].

Supuestamente, Isidoro habría anunciado además que dicha reina «sería muy cristiana / y virtuosa y real / de Castilla y Portogal», y «qu'en Sevilla / se principiaría aquesto» (p. 327). Tras constatar que los reyes ya han iniciado su empresa, la *donzella* hija del poeta implora a San Isidoro que interceda ante Dios para que «les acreciente la vida» (p. 328). A continuación, Marcuello introduce la respuesta de Isidoro a la joven:

Donzella, pues que lo veyes.
aslo bueno de acertar,
y te digo, como creyes,
que les digas a tus reyes.
más ganarán sin dudar;
digo después de tomar.
este rincón de Granada,
si quisieren conquistar.
en los moros de allá mar.
avrán vitoria doblada.

La guerra contra «ereges y paganos» (judíos y musulmanes) habrá de reportar a los reyes la gloria terrenal y espiritual, pues Dios les tiene reservada «vida muy larga» y «en su ciudat tan crecida / la gloria mucho doblada» (p. 329). Interpelada por el santo, la *donzella* no sólo ha de actuar como mensajera ante los reyes, sino ante el conjunto de la sociedad. Finalmente, tras algunas consideraciones, Isidoro exhorta de nuevo a la joven: «tú diles tal nueva buena, / pues con ffe su humildat suena: / más ganarán que Granada» (p. 121).

Similares vaticinios encontramos en un poema coetáneo que, al igual que el *Cancionero* de Marcuello, interesa más por su valor histórico que por su mérito literario. Me refiero a las *Coplas de la Pasión con la Resurrección* del Comendador Román (1490). De Fernando el Católico asegura que es «el Encubierto», «de quien dize sant Ysidro» que destruirá «la sinagoga y la mezquita / y hará las leyes vna»[130]. Más interesante aún que los anteriores es el texto profético

---

[129] *El Rimado de la conquista de Granada o Cancionero de Pedro Marcuello*, ed. cit., pp. 326-327.

[130] Cito a partir de la edición facsímil publicada en Valencia, 1955: Incunables poéticos castellanos, IV, de «... la fonte que mana y corre...», fol. 2v. Sobre los problemas filológicos del texto véase el artículo de Giuseppe MAZZOCCHI: «Para la edición crítica de las «Coplas de la Pasión con la Resurrección» del Comendador Román», en *Literatura hispánica, Reyes Católicos y Descubrimiento*, Manuel Criado de Val, dir, Barcelona, 1989, pp. 285-294; y su edición publicada por la Università di Pavia, 1990.

incluido en una de las escasas biografías nobiliarias del siglo XV castellano: la *Historia de los hechos del marqués de Cádiz*[131]. El capítulo XXXI reproduce una carta que incluye un «juyzio sacado de las reuelaçiones y propheçías de Sant Juan y Sant Ysidro que le fue enbiado por vn sabio» (fol. 93v). El escrito habría sido difundido en 1486 por Rodrigo Ponce de León, como una más de sus muestras de lealtad y servicio a los reyes[132].

Todos estos testimonios impiden considerar a Isidoro y sus profecías como una reliquia anacrónica. Muy al contrario, el *Planto de España* constituye un texto de permanente actualidad durante todo el siglo XV e incluso en la centuria siguiente. Alain Milhou ha estudiado varios pliegos sueltos —impresos probablemente a principios de 1511— en los que las autoridades de Córdoba, Sevilla y Toledo manifiestan su oposición al proyecto de Fernando de dirigir en persona una cruzada contra Túnez. El pliego cordobés hace alusión a las «muchas y muy antiguas profecías e dichos de sanctos varones» que anuncian la conquista de Jerusalén[133]. Muy ilustrativa resulta la perplejidad que manifiesta fray Prudencio de Sandoval ante los «pronósticos y profecías en que creía el común» en época de Carlos V:

> Estaban las cosas de España tan turbadas, los hombres tan desatinados, que no parecía sino azote del cielo, y que venía sobre estos reinos otra destrución y acabamiento peor que la que fue en tiempo del rey don Rodrigo. Creían en agüeros, echaban juicios y pronósticos amenazando grandes males. Inventaron algunos demonios, no sé qué profecías, que decían eran de San Isidro, arzobispo de Sevilla; otras de fray Juan de Rocacelsa, y de un Merlín y otros doctores, y de San Juan Damasceno; llantos o plantos que lloró San Isidro sobre España. Y en todas ellas tantos anuncios malos de calamidades y destrución de España, que atemorizaban las gentes y andaban pasmados.
>
> Helas visto y leído, y son tantos los desatinos que tienen, que no merecen ponerse aquí, sino espantarnos de que hubiese tanta facilidad de los hombres de aquel tiempo, que creyesen semejantes cosas[134].

La capacidad de adaptación del *Planto de España* explica su presencia incluso en la literatura aljamiado-morisca[135]. La «P^o^rofeçí^y^a sakada por estrolojí^y^a i por el sabí^y^o digno de g^a^ran çençí^y^a

---

131 «Historia de los hechos de don Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz (1443-1488)», *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España* (Madrid), 106 (1893), pp. 145-317. Actualmente ultimo una nueva edición, por lo que citaré a partir de mi propia lectura del manuscrito 2089 B.N.M.

132 Para todo lo concerniente a este texto, me remito al estudio preliminar de mi edición, así como al artículo ya citado de Alain MILHOU, «La chauve-souris...».

133 MILHOU, Alain: «Propaganda mesiánica y opinión pública. Las reacciones de las ciudades del reino de Castilla frente al proyecto fernandino de cruzada (1510-11)», en *Homenaje a José Antonio Maravall*, M.ª Carmen Iglesias, Carlos Moya y Luis Rodríguez Zúñiga, eds., Madrid, 1985, p. 56.

134 SANDOVAL, Prudencio de: *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V*, ed. de Carlos Seco Serrano, tomo I, Madrid, 1955 (2.ª ed.); B.A.E., 80, cap. XIII, pp. 259-260.

135 Álvaro GALMÉS DE FUENTES, ha subrayado la importancia de las versiones aljamiadas para el estudio de la profecía pseudoisidoriana (*Dichos de los siete sabios de Grecia. Sentencias morales en verso*, Madrid, 1991, pp. 9-11). Con anterioridad, Luce LOPEZ BARALT reprodujo algunos fragmentos de la versión del *Planto* incluida en el ms.

Sant Esidri^{y}o» y el «P^{a}lanto de España», contenidos en el ms. 744 de la Biblioteca Nacional de París, forman parte de un conjunto de jofores o «alguacías» (profecías moriscas), algunas de las cuales son atribuidas al propio Mahoma. Entre otras aseveraciones encontramos las siguientes:

> ¡Gu^{w}ay de ti!, España; dos vezes fuste đest^{u}ruida, una vegađa por seka, otra vegađa por manos de agareños. Agora serás la terçera por ellos i tú đest^{u}ruiđa por tus maldades, [...]. ¡Gu^{w}ay!, entonçes de la k^{e}lerezí^{y}a, i đe los falsos rrelijosos, ke todos serán đest^{u}ruiđos por sus grandes pekađos [...]. ¡Gu^{w}ay entonçes!, de los agareños de España, ke la vanag^{o}lori^{y}a de su Alhamra, por lo alto será tomada [...]. Muchos pereçerán por armas, i muchos se afogarán en la mar, i pasarán fuyendo a los Montes K^{a}laros. Irá el enkubi^{y}erto enp^{w}és d-ellos i ganará a Çebta, i a T^{r}remeçén i a Marru^{w}ekos[136].

La misma profecía será conocida por Pedro de Deza, quien escribe el 29 de enero de 1572 al presidente de la Inquisición en Granada advirtiendo de su aplicación a la guerra de las Alpujarras e identificando a don Juan de Austria con el Encubierto[137]. Todavía en 1613, fray Marcos de Guadalajara, en su *Prodición y destierro de los moriscos de Castilla* habrá de combatir algunos vaticinios de los moriscos recientemente expulsados, que siguen utilizando la autoridad de San Isidoro, en este caso, para justificar sus esperanzas:

> Esta restauración de España prophetizaron muchos santos y varones ilustres lo que avía de durar; y entre ellos el santo arçobispo de Sevilla Ysidro, tan leydo de los moriscos quan mal entendido dellos (porque la prophecía de Dios no se acomoda al perverso entendimiento de los hijos de la ira). Predixeron también los más antiguos astrólogos, alfaquíes y hechiceros de los mismos moros, a tiempo que hizieron la conquista destos reynos, hallando por los astros y por sus falsos oráculos que avía de durar hasta el año de 1610 para que así concordase todo con las prophecías de San Ysidro[138].

También resulta interesante el testimonio de Jaime Bleda, calificador de la Inquisición de Valencia y autor de una voluminosa *Corónica de los moros de España* impresa pocos años después de la expulsión de los moriscos[139]. Al disertar sobre la «pérdida» de España, Bleda afirma que «tuvo revelación desta cruelíssima persecución el glorioso S. Isidoro, arçobispo de Sevilla y

---

774 (fondos árabes) de la Biblioteca Nacional de Paris («Crónica de la destrucción de un mundo: la literatura aljamiado-morisca», en *Bulletin Hispanique* (Burdeos), tomo 82, n.º 1-2 (1980), pp. 51-55); manuscrito que ha sido editado por Mercedes SÁNCHEZ ÁLVAREZ: *El manuscrito misceláneo 774 de la Biblioteca Nacional de París (leyendas, itinerarios de viajes, profecías sobre la destrucción de España y otros relatos moriscos)*, Madrid, 1982.

136 SÁNCHEZ ÁLVAREZ, Mercedes: *El manuscrito misceláneo 774...*, pp. 247-249.

137 CARDAILLAC, Louis: *Moriscos y cristianos. Un enfrentamiento polémico (1492-1640)*. Madrid, 1979, p. 63; transcripción de la carta en pp. 424-426

138 Ídem, p. 66.

139 BLEDA, Jaime: *Coronica de los moros de España*. Valencia, 1618. Existe una reciente edición facsímil publicada por la Universidad de Valencia.

primado de las Españas; el qual, hablando della, dixo: «Guay de ti, España, dos vezes perdida, y que otra vez lo serás»; y esto se cumplió quando los moros la ganaron»[140].

La fama profética de Isidoro llegó incluso a atravesar el Estrecho. El palentino Diego de Torres, que actuó como alfaqueque en Marruecos entre 1546 y 1554, recoge un interesante testimonio al respecto. Según su relato, Pedro de Bedia, «un mercader cristiano natural de Vizcaya» que Torres conoció y que era «gran amigo de Abrahán Cabeça, iudío de Marruecos a quien el xarife traía consigo, siempre ocupado en cosas de hazienda, y le tenía en mucho», expuso al judío lo siguiente:

> Dígote que ai profecía entre los cristianos revelada de Dios a San Isidro, arçobispo que fue de Sevilla, en que dize que los reyes de Fez an de perderse por el pecado de la sodomía, y pues los que agora reinan y toda su familia lo cometen tan públicamente, de creer es que es llegado el tiempo de su castigo[141].

Abraham Cabeza transmitió la noticia al Xarife de Marruecos, que poco después conquistó el reino de Fez. Paradójicamente, las profecías atribuidas a Isidoro no sólo eran útiles para los reyes cristianos[142]. Llegados a este punto, no podemos dar por concluido nuestro itinerario historiográfico sin volver al lugar de partida: la Sevilla de Isidoro.

La antigua sede visigoda inspiró, acabada ya la Edad Media, buen número de obras en las que se reivindican las cualidades proféticas del santo patrón. La primera y más interesante de estas historias de la ciudad es la que compuso hacia 1535 el bachiller Luis de Peraza, nacido curiosamente en la sevillana collación de San Isidoro. Aunque los capítulos dedicados a los últimos años y la muerte del prelado hispalense no se han conservado, encontramos alguna alusión previa a su «espíritu profético» para explicar que conociese de antemano el resultado de sus curaciones milagrosas[143]. Sin recato alguno, Peraza atribuye al propio Isidoro la noticia de la expulsión de Mahoma de España[144]. Ahora bien, lo que llama verdaderamente la atención son las supuestas cartas cruzadas entre la ciudad de Sevilla y los conquistadores musulmanes, en las que el recuerdo de Isidoro ocupa un lugar importante. Así, Peraza transcribe íntegramente una pretendida misiva del «senado» y «caballeros» de Sevilla al moro *Abalagís*[145]. En ella, con tono

---

[140] Ídem, libro II, cap. I, p. 117. Con anterioridad, el autor dedica varios capítulos y no pocas páginas a explicar los anuncios y profecías que identificaban a Mahoma con el Anticristo (ídem, libro I, caps. III-IV y XVI XIX, pp. 8-15 y 48 64).

[141] TORRES, Diego de: *Relación del origen y suceso de los xarifes y del estado de los reinos de Marruecos, Fez y Tarudante*, ed. de Mercedes García Arenal, Madrid, 1980, cap. LXIX, pp. 183-184.

[142] Esperamos ver pronto publicadas las investigaciones de Javier Castaño sobre la pervivencia de las profecías pseudo isidorianas en textos sefardíes.

[143] PERAZA, Luis de: *Historia de la ciudad de Sevilla*, ed. de Silvia María Pérez González, Sevilla, 1997, tomo I, libro III, cap. XII, p. 168.

[144] «Santo Isidoro en su Latina Crónica dice que en el año sexto de Sisebuto fue hecho huir de España el descreído Mahoma, dador de la espurcísima secta» (ídem, libro III, cap. XIII, p. 171).

[145] Sorprende la coincidencia al transcribir el nombre de ʿAbd al-ʿAzīz, hijo de Mūsā b. Nuṣayr, con la *Crónica Sarracina*, exitosa novela histórica compuesta hacia 1430, en la que también adquiere singular protago-

desafiante, le recuerdan que «mucho es que los moros a los sevillanos no podáis en el campo sufrir, pues nuestro santo sevillano Isidoro a vuestro dañado profeta Mahoma de Córdoba des de esta ínclita ciudad de Sevilla hasta las puertas de África ignominiosamente compelió a huir»[146]. Del mismo modo, Peraza reproduce la supuesta oración que el arzobispo sevillano del momento dirigió al pueblo y autoridades. Entre otros argumentos, leemos el siguiente:

> Y si el gran doctor y primado de las Españas, vuestro arzobispo San Isidoro, al dador de la espurcísima secta, Mahoma, de la noble ciudad de Córdoba lanzó viviendo y hasta pasar en África lo persiguió, agora que con Christo reina glorioso en la gloria si con vuestras rogativas fuese importunado ¿a sus oscurísimos secuaces de este iniquísimo legisla dor Mahoma del cerco de la clarísima ciudad de Sevilla poderosamente no levantará?[147].

Evidentemente, Peraza da cumplida cuenta de la traslación de Isidoro[148] y de sus prodigios[149], apoyándose para ello en la edición salmantina del *Libro de los milagros*. Pero donde se explaya el bachiller es en los capítulos dedicados a la toma de Sevilla. Junto al auxilio y aparición de Isidoro a Fernando III[150], recoge otros testimonios proféticos sobre la conquista de la ciudad. Recurre en primer lugar a la *General Historia de la Sagrada Orden de los Predicadores* y a «la abreviación que de ella hizo el venerable padre fray Domingo Baltanás» para relatar cómo el dominico Pedro González, confesor del rey, «lleno de muy gran santidad y muy ilustre con espíritu de profecía», anunció a Fernando que conquistaría Sevilla[151]. Se relatan luego los prodigios de la Virgen de la Antigua[152]. Peraza recuerda incluso la traslación del siglo XI para «construir» una nueva profecía isidoriana, según la cual, en la revelación al obispo Alvito no sólo le habría guiado hasta su sepultura, sino que le habría anunciado que «esta ciudad ha de ser conquerida de los cristianos». Por supuesto, el vaticinio llegó a oídos de los musulmanes, que «entre ellos lo tenían como una muy gran profecía, conociendo el valor de nuestro gran Isidoro. Y cada día temiendo esperaban cuándo lo que ellos no querían se había de cumplir»[153].

---

nismo la conquista de Sevilla por los musulmanes. Sin embargo, las fabulaciones de Peraza difieren totalmente de las de Pedro de CORRAL, *Crónica del rey don Rodrigo postrimero rey de los godos (Crónica sarracina)*, segunda parte, ed. de James Donald Fogelquist, Madrid, 2001, caps. CXXXIII-CXLII, pp. 240 254, y caps CLXVIII-CLXXX, pp. 293-319.

[146] PERAZA, Luis de: *Historia*..., libro VI, cap. XXV, p. 258.

[147] Ídem, libro IV, cap. XXVII, p. 263.

[148] Ídem, tomo II, libro VIII, caps. IV IX, pp. 72-79.

[149] Ídem, tomo II, libro VIII, caps. X-XL, pp. 80 131.

[150] Ídem, tomo II, libro IX, cap. I, p. 136.

[151] Ídem, tomo II, libro IX, cap. II, p. 137. Obsérvese cómo se aplica al dominico el «espíritu profético» isidoriano. La abreviación citada es la *Cronica breuis et generalis Ordinis Praedicatorum* inserta por fray Domingo de Valtanás en su primera obra impresa: el *Manuale Fratrum Praedicatorum* (1524). Cfr. VALTANÁS, Domingo: *Apología sobre ciertas materias morales en que hay opinión y Apología de la comunión frecuente*, ed. de Álvaro Huerga y Pedro Sáinz Rodríguez, Barcelona, 1963, «Estudio preliminar», pp. 47-50 y 114 115.

[152] Ídem, tomo II, libro IX, cap. IV, pp. 139 140. Véase al respecto mi artículo «Un episodio extraordinario en la historiografía de Fernando III», en *Sevilla 1248*..., pp. 747 756.

[153] PERAZA, Luis de: *Historia*..., tomo II, libro IX, cap. V, pp. 141-142. Sobre las predicciones en la Sevilla almohade conservamos alguna referencia de interés. Gonzalo ARGOTE DE MOLINA, en la segunda mitad del siglo

Cuando llega la hora de la batalla final, el ejército castellano es capitaneado por «el apóstol Santiago, al cual visiblemente con infinita multitud de ángeles en figura de caballeros blancos vieron los moros, y el gloriosísimo San Isidro, nuestro sevillano arzobispo y beatísimo defensor»[154]. Según Peraza, el rey Fernando actúa convencido por las revelaciones de Isidoro[155]. Es más, en una devota oración a la Virgen de los Reyes le recuerda el monarca «cómo por vuestro mandado y revelación de vuestro glorioso confesor San Isidoro y otros santos, tomé esta empresa de la sevillana conquista»[156]. A diferencia del autor del Tudense romanceado, a Peraza no puede pasarle desapercibida la fecha del 22 de diciembre de 1248, en que se unen la festividad de la traslación de Isidoro y la gloria militar del rey santo[157]. Con semejante bagaje, no extraña en absoluto que le agradara la idea de considerar a Isidoro fundador de la Universidad de Sevilla[158].

En cualquier caso, no todos los autores sevillanos establecen las mismas relaciones causales en torno a las profecías de Isidoro y la conquista de la ciudad. El cosmógrafo Pedro de Medina, contemporáneo de Peraza, nada dice al respecto en su *Libro de grandezas y cosas memorables de España* (1548)[159]. Y ello pese a que demuestra conocer los pormenores de la traslación y ulteriores milagros obrados por el santo[160]. Más riguroso que Peraza y Medina, el analista Ortiz de Zúñiga tan sólo admite la oración de Fernando III a San Isidoro antes de la conquista de Sevilla[161].

Podríamos preguntarnos si la heráldica municipal sevillana —con el rey santo entre San Isidoro y San Leandro— transmite la idea de una primitiva asociación entre Isidoro y la conquista de Sevilla. Para dar una respuesta coherente es preciso conocer la antigüedad del motivo iconográfico. Por lo que respecta a las armas de la ciudad, observamos que el llamado «pendón grande» (siglo XV) tan sólo representa a San Fernando, mientras el «pendón chico» (siglo XVII) incluye también a Isidoro y Leandro[162]. Ahora bien, «la primera impronta conser-

XVI, recoge una noticia procedente de Lorenzo Galíndez de Carvajal según la cual, entre los libros que los Reyes Católicos tomaron de los reyes de Granada cuando se ganó la ciudad había un escrito que explicaba cómo cuando Ibn Hud se levantó contra los almohades, «un moro hechizero que tenian entre ellos por gran profeta» predijo que tras la muerte del caudillo murciano no volvería a haber un rey musulmán en Sevilla (*Elogios de los conquistadores de Sevilla*, introducción de Manuel González Jiménez, estudio heráldico de Faustino Menéndez-Pidal de Navascués y transcripción de Antonio Sánchez de Mora, Sevilla, 1998, pp. 4-5). Diego Ortiz de Zúñiga recoge la cita completa de Argote de Molina y añade: «Era muy frequente entre los moros este modo de adivinos y hechiceros, y sus amenazas y presagios, permitiendo Dios tal vez que atinasen algo de lo futuro, aunque sólo reservado a su divino conocimiento» (*Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, metrópoli de la Andalucía*, Sevilla, 1988, ed. facsímil de la de Madrid, 1795, tomo I, p. 49).

[154] Peraza, Luis de: *Historia...*, tomo II, libro IX, cap. VII, p. 146.

[155] Ídem, tomo II, libro IX, cap. VIII, p. 147, y cap. XI, p. 154.

[156] Ídem, tomo II, libro X, cap. XXII, p. 230.

[157] Ídem, tomo II, libro X, cap. XXIV, p. 235.

[158] Ídem, tomo I, libro IV, cap. I, p. 176.

[159] Medina, Pedro de: *Obras*, ed. de Ángel González Palencia, Madrid, 1944, cap. XLVI, pp. 76-78.

[160] Ídem, cap. XLVII, pp. 78-80; cap. LIIII, pp. 86-87; cap. XCIII, p. 136; cap. XCIV, pp. 138-139; y cap. XCV, pp. 139-141.

[161] Ortiz de Zúñiga, Diego: *Anales...*, tomo I, p. 122.

[162] Fernández Gómez, Marcos: *Los sellos de la ciudad de Sevilla*, Sevilla, 1996, pp. 18-19.

vada, posiblemente usada en los siglos XIII y XIV, ya presenta a San Fernando acompañado de los santos arzobispos»[163]. Desde luego, si no una protección sobrenatural, esta inclusión temprana evidencia el orgullo de la ciudad por su antiguo prelado visigodo.

Nuevos motivos para el recuerdo o la invención de profecías y milagros ofrecerá, ya en el siglo XVII, el proceso de canonización de Fernando III, acompañado en Sevilla de una singular producción historiográfica y literaria[164]. Resulta llamativo —por inesperado— que el jesuita Juan de Pineda, escribiendo por encargo del arzobispo de Sevilla un prolijo *Memorial* sobre el rey santo y recogiendo buen número de argumentos proféticos en torno a su figura, no asocie la entrada de Fernando III en la capital andaluza con ningún pronóstico de San Isidoro[165]. Aquel mismo año de 1627 publicó la primera parte de su *Historia* de Sevilla don Pablo Espinosa de los Monteros, para quien no pasa desapercibida la coincidencia de la fecha del 22 de diciembre[166]. Además, Espinosa refiere la existencia de un «pergamino de la capilla real» de la catedral hispalense que recogía «las lecciones de la dedicación de esta santa Iglesia»; en las que se explicaba cómo se aparecieron a San Fernando los santos arzobispos, «y le dixeron que viniesse a poner cerco a Sevilla, que ya ellos avían alcançado de Dios, sacasse esta ciudad de la captividad de los moros»[167].

Tal vez el testimonio más relevante sobre la consideración profética de Isidoro en la Sevilla barroca nos lo aporte un manuscrito del jesuita Juan Bernal conservado en la Catedral[168]. No en vano, uno sus epígrafes está dedicado a justificar que la conquista de la ciudad por San Fernando ya había sido vaticinada por el arzobispo hispalense[169]. Bernal rastrea minuciosa-

---

[163] Ídem, p. 22; reproducción en p. 33.

[164] Comenzado en 1624, el proceso no concluyó hasta 1671. Cfr. CASTAÑEDA DELGADO, Paulino: «Fernando III: el hombre y el santo», en *Archivo Hispalense* (Sevilla), 234-236 (1994), pp. 401-416.

[165] PINEDA, Juan de: *Memorial de la excelente santidad y heroycas virtudes del señor rey don Fernando, tercero deste nombre, primero de Castilla i de León*, Sevilla, 1627. Pineda sí menciona, en cambio, el anuncio de Isidoro a Fernando I sobre el día de su muerte (p. 73) o la protección del santo a Fernando III en León (p. 153). Desde luego, no puede imputarse al jesuita sevillano ninguna hostilidad hacia lo extraordinario, pues él mismo arremete contra Esteban de Garibay y Juan de Mariana con el argumento de que «tan viciosa es la facilidad en creer milagros, como la incredulidad en calumniarlos» (ibídem). Un elogio de este jesuita sevillano, en CARRIAZO Y ARROQUIA, Juan de Mata: «El mensaje de Tartesos», *El Carambolo*, Sevilla, 1992 (2.ª ed.), pp. 62-63.

[166] ESPINOSA DE LOS MONTEROS, Pablo: *Primera parte de la Historia, antigüedades y grandezas de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*, Sevilla, 1627, libro IV, cap. V, fol. 142r-v.

[167] Ídem, libro IV, cap. VI, fol. 148r. Recoge la noticia y el rezo José MANZANO en su *Vida y portentosos milagros de el glorioso San Isidro, arzobispo de Sevilla y egregio doctor y maestro de las Españas*, Salamanca, 1732, libro II, cap. XXXVIII, p. 207.

[168] Biblioteca Capitular y Colombina, ms. 59-4-43 (signatura antigua 85-5-40). La portada —verdadero *collage* formado con recortes de distintos grabados— reza así: *Memorias históricas de Sevilla por el padre Joan Bernal, de la Compañía de Jesús, rector de el collegio de San Gregorio desta ciudad, recogidas por el doctor don Ambrosio de la Cuesta y Saavedra, canónigo en su Santa Iglesia*. Al pasar la hoja, otro título identifica la obra como *Razón de ser patriarchal la Sancta Iglesia de Sevilla*, y la fecha en 1675. Sobre el autor y la obra véanse los comentarios de Mario MÉNDEZ BEJARANO: *Diccionario de escritores, maestros y oradores naturales de Sevilla y su actual provincia*, tomo I, Sevilla 1922, p. 72; y Fermín ARANA DE VARFLORA: *Hijos de Sevilla ilustres en santidad, letras, armas, artes o dignidad*, Sevilla, 1996 (ed. facsímil de la de 1791), n.º I, pp. 15-16.

[169] El epígrafe en cuestión lleva el siguiente encabezamiento: «Predice a el morir S. Isidoro, propheta y doctor de las Españas y arzobispo de Sevilla, a estos reynos su captividad en poder de bárbaros y su restauración a Christo por las virtudes heroícas e invencible espada del santo rey don Fernando» (fol. 114r).

mente cuantos argumentos puedan avalar su teoría. Recurre en primer lugar al apócrifo cronicón de San Ildefonso aludido por el Tudense, según el cual «el *legislator Hispaniarum Isidorus, spiritu propheticus clarus, Hispanniis ventura predixit ore prophetico*, e la refirió en una grave y bien sentida elegía» (114r). A continuación presenta como prueba los anuncios de ruina del reino visigodo en el supuesto epitafio de Félix de Toledo (114v)[170]. Bernal entiende que el anuncio isidoriano de una nueva restauración conllevaba la venida de «un héroe» que realizara el plan divino.

> Pero quál hubiesse de ser aquel tan afortunado quanto religiosso príncipe por más que lo escondía el misterio, la persuasión común entre nuestras gentes fixó desde luego sus esperanzas en que el rey que Dios havía elegido como a hechura de sus manos, por quien España havía de recobrar el esplendor de su imperio y el culto religiosíssimo de la fee de Jesuchristo, se llamaría Fernando; nombre por sí misterioso y porque hasta aquella edad ni españoles ni romanos ni godos jamás lo havían visto en sus príncipes. (115r).

Alega Bernal que, durante siglos, el nombre Fernando agradó tanto a los cristianos cuanto horrorizaba a los moros[171]. Curiosamente, el autor recurre al *Memorial* de Pineda para atribuir a Isidoro la «revelación divina» que justificaba «por tan largos tiempos en toda España la voz de ser los méritos de vn Fernando rey santo quien mudaría en misericordias las iras de la vengadora espada de la justicia de Dios» (115v). A continuación, Bernal nos describe cómo, viendo próxima la muerte, al despedirse Isidoro de su feligresía sevillana, «puestos en el cielo los ojos y encendiéndose en spíritu profético, qual otro patriarcha Jacob, anunció a España el espantosso castigo que por mano de los bárbaros el agrabiado cielo havía de executar en sus godos» (115v). Ahora bien, el desconsuelo del santo fue mitigado por la «bondad divina», que permitió que.

> su afligido spíritu, estendiendo la vista a los siglos venideros, viesse con luz profética que después de más de quinientos años de captiverio, restituirían con abentajadas glorias al culto de Christo en su explendor antiguo a su Iglesia sevillana las vencedoras religiosíssimas armas de vn rey santo de su misma sangre y linage. (116r).

Tampoco puede dejar de referir Bernal «los desvelos, las asistencias personales y los prodigios» con que Isidoro se dejó ver y oír «en aquestos reinos por más de ducientos años en amparo y custodia de varios reyes», hasta la llegada de Fernando III, el «caballero de Christo» (116v)[172]. A éste entiende el jesuita sevillano que se referían los versos proféticos de Isidoro

---

170 Toma el epitafio de Juan Tamayo y Salazar, *Martyrologium hispanum*, Lyon, 1651-1659.

171 Cita un testimonio de fray Marcos de Guadalajara según el cual todavía en tiempos de Felipe III «durava aqueste terror, pues quando se supo que el infante su hijo, que después fue Cardenal, se llamava en el baptismo Fernando, consumía y desvaratava con pabor a los moros oír este feliz nombre» (fol. 115r).

172 La expresión *miles Christi* aparece ya asociada a Fernando en la *Crónica latina de los reyes de Castilla*, ed. de Luis Charlo Brea, Cádiz, 1984, p. 94.

transmitidos por el Tudense (117r). En realidad, la argumentación de Bernal se levanta sobre el verso «*Et statim Dominus auxiliator erit*».

La expresión *Dominus auxiliator* es interpretada como un mote o divisa que representa, sin ningún género de dudas, a San Fernando. En vez de una traducción lógica, el autor propone que estas palabras sean «entendidas a la letra con el alma que suele el estilo profético», considerando que Isidoro se limitó a utilizar «el común estilo de los profetas; los quales en la Sagrada Scriptura, hablando en los successos de las gentes y naciones y personas insignes o reyes venideros, les muestran no por el nombre sino por proprias y singulares señales, motes, vanderas, divisas» (117v). Bernal alude también a la divisa Fernandina *Dominus aiuctor meus*, en la que encuentra suficiente paralelismo con la anterior, «como si nos señalase ser el sugeto de la divisa *Dominus auxiliator* con que Isidoro profetizó sus religiossas victorias» (119r). Y añade:

> Hasta en el vaso de christal en que este santo rey bebía, el qual se guarda en el relicario de la Santa Iglesia de Seuilla desde el día de su muerte hasta oy con veneración summa de los sevillanos, dando vida y salud con su agua a los enfermos, en el labio que dicho christal tiene de oro, se lee grabada aquesta sentencia: *dominus auxiliator meus, non timebo*, dejando llano ser Fernando el santo el príncipe en quien vio Isidoro que en beneficio de España la divina bondad verificaría lo que en sentir de Paulo Orosio verificó en el imperio de Grecia en el santo emperador Theodosio el magno. (119v).

Evidentemente, a Juan Bernal no se le escapa la participación de San Isidoro en la conquista de Sevilla, sobre la que aporta detalles curiosos. Así, fecha en la primavera de 1245 la revelación que el santo hizo al rey mientras éste rezaba ante su sepulcro. El mensaje concreto de Isidoro a Fernando habría sido el siguiente: «*Tu Fernandus meam restaura protinus vrbem*» (122r)[173]. Para avalar la veracidad del asunto, Bernal recuerda la aparición a Alfonso VII en Baeza (123r-v) y resume algunos aspectos del *Libro de los milagros* del Tudense.

Sólo la moderna historiografía se encargará de desmontar las ensoñaciones legendarias de un Isidoro profeta que, en su ilimitada sabiduría, pronosticó los acontecimientos fundamentales de nuestra Edad Media.

173 La instigación de Isidoro al rey para que conquistase Sevilla aparece recogida en otro autor jesuita citado por Bernal: Juan Eusebio NIEREMBERG: *Corona virtuosa y virtud coronada*, Madrid, 1643, p. 193.